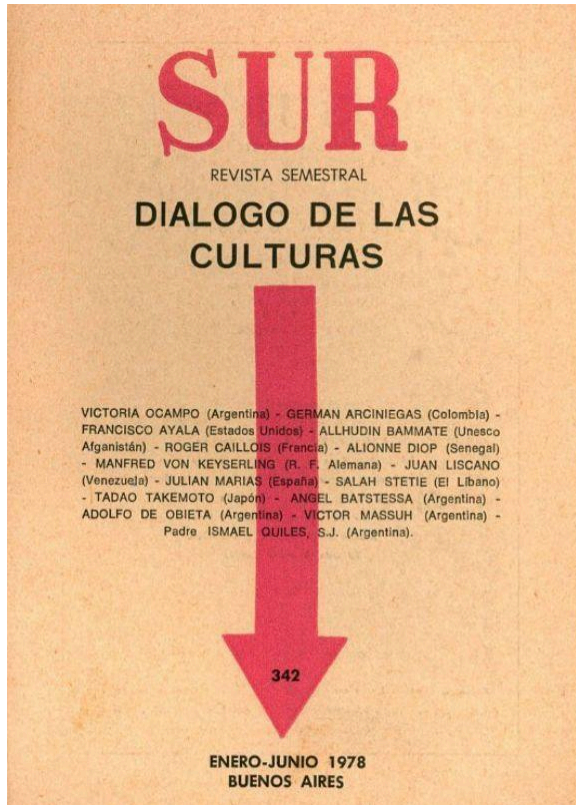




Revista Sur: brújula de opinión y cultura latinoamericana

Aylén Carolina Alberio

Trabajo Final de Carrera para
Licenciatura en Relaciones
Públicas e Institucionales
ID 000-16-6865

Adrian Arroyo

Tutor de Trabajo Final de
Carrera

Agradecimientos

A mi abuela Ali, que desde siempre compartió conmigo su vocación por la historia, la cultura y el amor a nuestro país.

A mis amigas, y ahora colegas, por haber compartido juntas el camino. A Lour especialmente, por su disciplina ejemplar y motivadora.

A Agus y a mi familia por su interesarse en mis obsesiones y escucharme siempre.

Introducción	1
Marco metodológico	2
Capítulo I: Las Relaciones Públicas: definición y alcance disciplinar	4
Las Relaciones Públicas en 1931: una disciplina en formación	5
La institución cultural como actor de Relaciones Públicas	7
Públicos, legitimación y gestión de la reputación	8
Misión, visión y valores institucionales: una reconstrucción analítica	11
Capítulo II: Argentina Incipiente	13
Los medios de comunicación durante las últimas décadas del siglo XIX	16
En la búsqueda de una identidad nacional	25
Capítulo II: Sur, en búsqueda de la identidad nacional	27
Los románticos primeros años	31
Los límites de la neutralidad: Sur ante el totalitarismo	33
Capítulo III: Opinión pública, agenda y poder	36
Sur en el marco de las teorías de la influencia mediática	36
Redes de asociación y organización del debate público en Sur	38
Capítulo IV: Sur frente al poder político	44
La batalla cultural: oligarquía y peronismo	47
Sur durante el peronismo: silencio, combate simbólico y compromiso personal	48
El final de Sur: desplazamientos, generaciones y nuevos enfoques culturales	52
Conclusiones finales	54
Referencias Bibliográficas	56

Introducción

La revista Sur ocupa un lugar central en la historia cultural argentina del siglo XX. Fundada en 1931 bajo el impulso de Victoria Ocampo, la publicación se consolidó rápidamente como uno de los principales espacios de circulación, legitimación y debate intelectual del país, articulando la producción cultural local con los grandes movimientos del pensamiento europeo y americano. A lo largo de varias décadas, Sur reunió a un conjunto heterogéneo de escritores, críticos e intelectuales que compartieron, con matices y tensiones internas, una concepción de la cultura asociada a valores humanistas, liberales y universalistas.

El presente trabajo se propone analizar la trayectoria de Sur desde una perspectiva que la historiografía cultural ha explorado poco, la de las relaciones públicas institucionales. Leer a Sur como una organización que gestionó activamente su imagen, construyó relaciones estratégicas con públicos específicos y ejerció una influencia sistemática sobre el campo intelectual argentino permite iluminar dimensiones de su proyecto que el análisis histórico-cultural suele dejar en segundo plano. No se trata de afirmar que Victoria Ocampo conocía o aplicaba deliberadamente los principios de la disciplina, sino de reconocer que Sur y las relaciones públicas modernas se desarrollaron en el mismo entorno intelectual, respondieron a preguntas similares y operaron sobre los mismos problemas que el mundo de entreguerras planteaba sobre la influencia, la legitimidad y la construcción del consenso.

Para llevar adelante este análisis, el trabajo recurre a tres marcos teóricos complementarios. El primero es el de Edward Bernays, cuya obra *Crystallizing Public Opinion* constituye la referencia central para pensar cómo una institución construye y gestiona su reputación a través de relaciones con públicos estratégicos. El segundo es el de Dennis Wilcox, cuya conceptualización de los stakeholders permite identificar y analizar los distintos públicos con los que Sur mantuvo vínculos de legitimación mutua. El tercero es el modelo de agenda setting en red propuesto por Natalia Aruguete, que ofrece herramientas precisas para reconstruir cómo Sur organizó redes de asociaciones simbólicas que estructuraron el debate público intelectual en momentos históricos concretos.

Desde sus primeros números, la revista se propuso intervenir en discusiones que excedían el campo estrictamente literario. La reflexión sobre la identidad nacional, el vínculo entre lo argentino y lo universal, el rol del intelectual en la esfera pública y la relación entre cultura y política constituyeron ejes recurrentes de su proyecto editorial. En este sentido, Sur no fue simplemente un órgano de difusión cultural, sino un actor dentro del campo intelectual, capaz de establecer jerarquías, consagrar autores y delimitar los márgenes de lo culturalmente legítimo. Cada una de estas operaciones puede leerse, desde el marco de las relaciones públicas, como una forma de gestión institucional, la construcción sostenida de una identidad pública coherente ante públicos diversos y en contextos cambiantes.

No obstante, el lugar privilegiado que Sur ocupó durante buena parte de su trayectoria no estuvo exento de tensiones. La revista sostuvo una concepción marcadamente elitista de la cultura, entendida como un patrimonio que debía ser preservado y custodiado por una minoría ilustrada. Si bien este elitismo fue, en un primer momento, una fuente de cohesión y legitimidad, con el paso del tiempo se convirtió también en un límite para la capacidad de la revista de adaptarse a un contexto en transformación. La irrupción del peronismo marcó un punto de inflexión decisivo, ya que el nuevo escenario político y social cuestionó de manera directa las concepciones tradicionales sobre el rol del intelectual y las formas de legitimación simbólica, poniendo a prueba la capacidad de Sur para gestionar su reputación ante públicos que ya no compartían sus premisas.

Este recorrido está orientado por una pregunta central: ¿de qué manera la revista Sur construyó y gestionó su autoridad e influencia cultural en el campo intelectual argentino del siglo XX, y en qué medida esa gestión puede analizarse desde el marco teórico de las relaciones públicas institucionales?

El objetivo general del trabajo es comprender cómo la revista Sur construyó y sostuvo su autoridad e influencia cultural a lo largo de su trayectoria, analizando su gestión institucional desde el marco teórico de las relaciones públicas. Para alcanzarlo, se proponen tres objetivos específicos. El primero es analizar la gestión de Sur a través de la lógica de las relaciones públicas, identificando de qué manera sus decisiones editoriales, su construcción de imagen y su relación con distintos públicos respondieron a principios propios de la disciplina. El segundo es examinar la intervención de Sur en la opinión pública argentina a través del modelo de agenda setting en red, reconstruyendo las asociaciones simbólicas que la revista puso en circulación en coyunturas históricas concretas. El tercero es analizar la relación de Sur con el poder político, desde su posicionamiento ante el totalitarismo europeo hasta su conflicto con el peronismo, evaluando el impacto de esa relación sobre su reputación institucional y su eventual declive.

El trabajo se organiza en cuatro capítulos. El primero establece el marco teórico de las relaciones públicas y lo aplica al análisis de Sur como institución, identificando sus públicos, su misión, visión y valores. El segundo reconstruye el contexto histórico argentino en el que Sur emergió y se desarrolló, con especial atención a la evolución de los medios de comunicación y la disputa por la identidad nacional. El tercero analiza la intervención de Sur en la opinión pública a través del modelo de agenda setting en red, con foco en su posicionamiento frente al franquismo y la Segunda Guerra Mundial. El cuarto examina la relación de la revista con el poder político, desde su antifascismo hasta su conflicto con el peronismo y su declive institucional.

Marco metodológico

El presente trabajo se inscribe dentro del enfoque de investigación cualitativa, orientado a comprender fenómenos desde una perspectiva interpretativa y contextual antes que a medirlos y cuantificarlos. Esta orientación resulta adecuada para el análisis de la revista Sur, dado que el objeto

de estudio no se presta a una medición numérica sino a una interpretación de prácticas institucionales, decisiones editoriales y posicionamientos simbólicos en un contexto histórico específico.

En cuanto a su alcance, la investigación combina una dimensión exploratoria y una descriptiva. Es exploratoria porque aborda a Sur desde una perspectiva que la historiografía cultural ha trabajado poco, la de las relaciones públicas institucionales, examinando un ángulo que no había sido desarrollado con anterioridad sobre este objeto de estudio. Es descriptiva porque busca especificar las características de la revista como institución, detallando su gestión de públicos, su misión, visión y valores, y su intervención en el debate público en distintos momentos históricos (Hernández Sampieri, 2014).

La estrategia metodológica adoptada es el estudio de caso, entendido como una investigación que analiza en profundidad una unidad de análisis singular para responder al planteamiento del problema. La unidad de análisis es la revista Sur en su totalidad como institución cultural, desde su fundación en 1931 hasta su cierre en 1970. Esta estrategia permite integrar múltiples fuentes de evidencia, combinar el análisis de textos con la reconstrucción del contexto histórico y producir una comprensión profunda de un fenómeno que no podría captarse mediante aproximaciones más generales.

La recolección de información se llevó adelante a través de dos fuentes primarias principales. En primer lugar, se realizó un trabajo de campo en la Casa de la Cultura de la UNESCO, sede de Villa Ocampo en San Isidro, donde se accedió a materiales de archivo vinculados a la trayectoria de Victoria Ocampo y al proyecto editorial de Sur. En segundo lugar, se trabajó con más de treinta ejemplares originales de la revista, consultados en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de Buenos Aires. El análisis de estos materiales permitió identificar los temas priorizados por la publicación en distintos momentos históricos, las redes de asociaciones simbólicas que construyó y las decisiones editoriales que configuraron su identidad institucional. A estas fuentes primarias se sumó una revisión bibliográfica de fuentes secundarias especializadas en historia cultural argentina, teoría de las relaciones públicas y teoría de la comunicación.

Capítulo I: Las Relaciones Públicas: definición y alcance disciplinar

Las Relaciones Públicas constituyen una disciplina orientada a la gestión estratégica de la comunicación entre una organización y sus públicos. Según Dennis Wilcox, una de sus referencias fundamentales, las RRPP pueden definirse como "una función directiva que establece y mantiene relaciones mutuamente beneficiosas entre una organización y los públicos de los que depende su éxito o fracaso" (Wilcox, *Public Relations: Strategies and Tactics*, p.34). Esta definición desplaza el eje del análisis desde el mensaje hacia la relación: lo que importa no es únicamente lo que una institución comunica, sino cómo construye, sostiene y gestiona los vínculos que la legitiman ante su entorno.

Desde esta perspectiva, toda organización, independientemente de su naturaleza comercial, política o cultural, opera en un campo de relaciones que condicionan su capacidad de acción y su reconocimiento social. Las RRPP proveen herramientas para identificar y segmentar los públicos relevantes (stakeholders), diseñar estrategias de comunicación diferenciadas y gestionar la imagen institucional en contextos de estabilidad y de crisis. Constituyen una disciplina orientada a la gestión estratégica de la comunicación entre una organización y sus públicos.

Una de sus definiciones más citadas es la de Dennis Wilcox, para quien las RRPP pueden entenderse como una función directiva que establece y mantiene relaciones mutuamente beneficiosas entre una organización y los públicos de los que depende su éxito o fracaso (Wilcox, 2015). Esta definición desplaza el eje del análisis desde el mensaje hacia la relación: lo que importa no es únicamente lo que una institución comunica, sino cómo construye, sostiene y gestiona los vínculos que la legitiman ante su entorno.

Desde una perspectiva complementaria, James Grunig y Todd Hunt propusieron una definición que amplía esta mirada al incorporar la dimensión bidireccional de la comunicación institucional. Para Grunig y Hunt, las relaciones públicas constituyen la gestión de la comunicación entre una organización y sus públicos, y su modelo más desarrollado es el de la comunicación simétrica bidireccional, el cual sostiene que la práctica más eficaz y ética de la disciplina es aquella en la que la organización no solo emite mensajes sino que escucha, negocia y adapta su conducta en función de los intereses de sus públicos (Grunig y Hunt, 1984). Esta concepción resulta relevante para el análisis de *Sur*, aunque con una distinción necesaria. En tanto medio de producción artística e intelectual, la revista tenía un deber ético que limitaba la capacidad de adaptación a las expectativas de los públicos. Como todo medio de comunicación, la revista debía garantizar un espacio donde los autores pudieran expresarse con honestidad y autonomía. Su valor institucional residía en no doblegarse ante las presiones externas, ya fueran políticas, ideológicas o de mercado. En este sentido, *Sur* escuchaba a sus públicos y construía sus posiciones en diálogo permanente con colaboradores, lectores y el campo intelectual de su tiempo, pero esa escucha no implicaba subordinación. La bidireccionalidad que Grunig y Hunt describen se manifestó en *Sur* no como

adaptación sino como una disposición al intercambio en convivencia con una identidad editorial firme e irreductible.

Por su parte, Jordi Xifra ofrece una definición que pone el acento en la dimensión institucional y social de la disciplina. Para Xifra, las relaciones públicas son una función de dirección de carácter permanente y organizado por la cual una empresa o un organismo público o privado busca obtener y mantener la comprensión, la simpatía y el apoyo de aquellos públicos con los que está o deberá estar relacionado, adaptando en la mayor medida posible su comportamiento a ellos (Xifra, 2003). Esta definición introduce un elemento que las anteriores no enfatizan con la misma claridad: la idea de que la gestión de relaciones públicas no es un esfuerzo puntual sino una función permanente, sostenida en el tiempo. Aplicada a Sur, esta noción permite comprender que la autoridad simbólica de la revista no fue el resultado de acciones aisladas sino de una práctica institucional continua y coherente a lo largo de décadas.

Lo que estas tres definiciones tienen en común es el desplazamiento del eje desde el mensaje hacia la relación. Independientemente del énfasis particular de cada autor, las relaciones públicas se entienden como una disciplina cuyo objeto central no es la comunicación en sentido técnico sino la construcción y el mantenimiento de vínculos que producen legitimidad.

Este marco resulta especialmente productivo para analizar actores culturales como la revista Sur, cuya trayectoria no puede comprenderse únicamente en términos de producción editorial. Sur operó también como una institución que gestionó activamente su imagen, construyó redes de relación con públicos específicos y ejerció una influencia sistemática sobre el campo intelectual argentino. Leerla desde las RRPP permite iluminar dimensiones de su proyecto que el análisis histórico-cultural suele dejar en segundo plano.

A lo largo de este trabajo se analizará a la revista no únicamente desde su enfoque editorial, si no también desde una perspectiva facilitada por las relaciones públicas, haciendo un análisis de Sur como organización.

Las Relaciones Públicas en 1931: una disciplina en formación

Cuando Victoria Ocampo publicó el primer número de Sur en enero de 1931, las Relaciones Públicas como disciplina tenían apenas una década de existencia formal. El campo estaba en plena construcción. Comprender el estado de desarrollo de la disciplina en ese momento no es un dato anecdótico para este análisis: permite situar a Sur dentro de un clima intelectual más amplio en el que la pregunta por la influencia pública, la construcción de imagen institucional y la gestión de la opinión colectiva ocupaba un lugar central en el pensamiento occidental.

El punto de partida convencional de la disciplina se ubica en los Estados Unidos de la primera década del siglo XX. La figura de Ivy Lee es frecuentemente citada como precursora: en 1906, Lee

publicó su célebre Declaración de Principios, en la que sostenía que las organizaciones debían comunicarse con el público de manera transparente y veraz, en lugar de operar en el secreto o mediante la manipulación encubierta. Su trabajo para grandes corporaciones e industrias marcó el inicio de una práctica que buscaba gestionar de manera deliberada la relación entre las organizaciones y sus públicos. Sin embargo, fue Edward Bernays quien dotó a esa práctica de un fundamento teórico sistemático y quien acuñó el término "relaciones públicas" en el sentido moderno.

En 1923, Bernays publicó *Crystallizing Public Opinion*, el primer libro que teorizó sobre la figura del consultor de relaciones públicas y su rol en la sociedad moderna. Allí lo definió como "aquel que dirige y supervisa las actividades de sus clientes en todos los puntos en que estas inciden sobre la vida cotidiana del público, interpretando al cliente ante el público y al público ante el cliente" (Bernays, 1923, p. 14).

Cinco años después, en 1928, publicó *Propaganda*, donde desarrolló con mayor profundidad su teoría sobre los mecanismos de la influencia pública y la construcción del consentimiento colectivo. Ambas obras aparecieron, respectivamente, ocho y tres años antes de la fundación de Sur, lo que significa que cuando Ocampo lanzó su proyecto, las ideas de Bernays eran novedades intelectuales de plena circulación en los círculos ilustrados del mundo occidental.

Este dato es relevante porque sitúa a Sur en un contexto en el que la reflexión sobre la influencia simbólica, la construcción de imagen y la gestión de públicos no era una práctica consolidada sino un problema abierto. Las preguntas que Bernays estaba formulando —¿cómo construye una institución su autoridad ante distintos públicos?, ¿qué mecanismos producen consentimiento y legitimidad?, ¿cuál es el rol de los líderes de opinión en la circulación de ideas?— eran contemporáneas al proyecto de Sur, y en cierta medida, la revista encarnó respuestas prácticas a esas mismas preguntas sin haber necesariamente teorizado sobre ellas de manera explícita.

Es necesario realizar aquí una aclaración metodológica. No existe evidencia de que Victoria Ocampo conociera acerca de la obra de Bernays ni de los principios de las Relaciones Públicas como disciplina emergente. Afirmar una influencia directa entre ambos sería un error histórico que este trabajo no pretende cometer. Lo que se sostiene es algo distinto: que Sur y las Relaciones Públicas modernas se desarrollaron en el mismo entorno intelectual, respondieron a preguntas similares y operaron sobre los mismos problemas que el mundo de entreguerras planteaba sobre la influencia, la legitimidad y la construcción del consenso. Ese sustrato común —el campo intelectual occidental sacudido por la Primera Guerra Mundial, la crisis del liberalismo y el avance de los totalitarismos— explica los puntos de encuentro que este análisis se propone identificar.

En este sentido, aplicar el marco de las Relaciones Públicas al estudio de Sur resulta un análisis legítimo. Se aplican las herramientas conceptuales que la disciplina desarrolló en ese mismo período histórico para iluminar prácticas que, aunque no se nombraban bajo ese rótulo, responden a la

misma lógica. Que Sur haya gestionado su imagen, construido relaciones con públicos estratégicos y sostenido una identidad institucional coherente no requiere que Ocampo haya leído a Bernays, si no que únicamente haya actuado en un mundo donde esas prácticas eran una respuesta necesaria a los desafíos de la época. Este trabajo no busca teorizar acerca de lo que Ocampo pensaba, sino observar lo que Sur hacía bajo la perspectiva de las relaciones públicas.

La Primera Guerra Mundial fue un punto de inflexión para la comunicación institucional. Por primera vez, los gobiernos utilizaron de manera sistemática y planificada los medios, los símbolos y las narrativas para orientar la opinión pública hacia objetivos bélicos. La efectividad de esa operación dejó una pregunta abierta para la posguerra: si era posible gestionar la opinión colectiva en tiempos de guerra, ¿qué podía hacerse con esas mismas herramientas en tiempos de paz?

Bernays había participado directamente en ese esfuerzo, trabajando para el Comité de Información Pública del gobierno norteamericano durante el conflicto. De esa experiencia extrajo una conclusión que se volvería el núcleo de su pensamiento: las técnicas de influencia pública no eran exclusivas de los Estados en guerra, sino aplicables a cualquier organización que buscara construir relaciones con sus públicos. Esa idea fue la que dio forma a las Relaciones Públicas como disciplina.

En ese mismo clima de entreguerras, marcado por la crisis del liberalismo europeo, el ascenso de los totalitarismos y la pregunta urgente sobre el rol de la cultura y los intelectuales en la esfera pública, Ocampo fundó Sur. Que Sur haya construido de manera tan eficaz su autoridad simbólica, haya gestionado con tanta coherencia sus relaciones con públicos diversos y haya sostenido durante décadas una imagen institucional reconocible no fue producto del azar, sino de decisiones estratégicas que, leídas desde el marco de las Relaciones Públicas, revelan una sofisticación notable para su tiempo.

La institución cultural como actor de Relaciones Públicas

La aplicación del marco de las RRPP al análisis de instituciones culturales requiere una adaptación conceptual. A diferencia de las organizaciones comerciales, cuyo objetivo principal es la generación de valor económico, las instituciones culturales persiguen formas de capital simbólico: prestigio, autoridad intelectual, reconocimiento y capacidad de establecer los criterios de lo que es culturalmente legítimo. Sin embargo, la lógica de gestión de relaciones y públicos opera de manera análoga.

Toda institución cultural necesita identificar a sus públicos, diseñar estrategias para mantener su lealtad y gestionar su imagen en contextos de disputa simbólica. En el caso de Sur, esta gestión fue especialmente compleja: la revista debía mantener simultáneamente su credibilidad ante el campo intelectual local, su prestigio ante los circuitos culturales internacionales y su coherencia ante sus propios colaboradores, muchos de ellos con posiciones ideológicas y estéticas diversas.

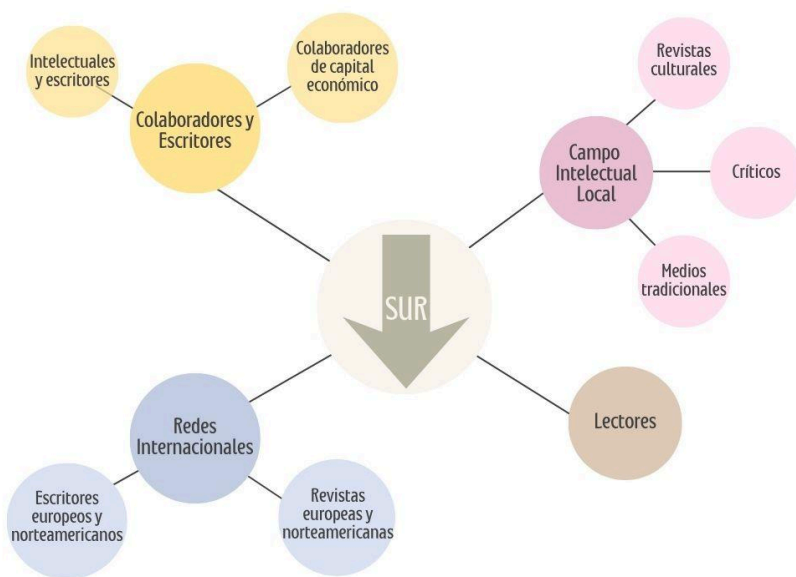
Wilcox señala que la gestión de la imagen institucional involucra tanto la comunicación activa como la toma de posición en momentos de crisis. Esta observación resulta especialmente pertinente para Sur, que enfrentó sucesivos momentos de alta tensión —el avance del totalitarismo europeo, el franquismo, el peronismo— en los que su capacidad de gestión simbólica fue puesta a prueba. Las decisiones editoriales adoptadas en esos momentos —qué publicar, a quién incluir o excluir, qué silenciar y qué denunciar— no solo expresan una postura intelectual, sino que configuraron activamente la identidad pública de la institución.

Desde esta perspectiva, cada número de Sur puede leerse como una acción de comunicación institucional: una toma de posición que construía y reforzaba la imagen de la revista ante sus distintos públicos. La coherencia sostenida a lo largo del tiempo entre los valores declarados y las prácticas concretas —la defensa del humanismo liberal, el rechazo al totalitarismo, la apuesta por la autonomía intelectual— constituyó, en términos de RRPP, el principal activo reputacional de la publicación.

Públicos, legitimación y gestión de la reputación

Un concepto central en la teoría de Wilcox es el de *stakeholders* o públicos: todos los actores que tienen algún tipo de interés o relación con una organización y que, en consecuencia, pueden afectar o ser afectados por sus decisiones. En el caso de Sur, es posible identificar al menos cuatro grupos de públicos relevantes.

El primero está compuesto por los colaboradores y escritores que publicaban en sus páginas: actores con los que Sur mantenía una relación de legitimación mutua. La revista les otorgaba visibilidad y reconocimiento; ellos, a su vez, conferían autoridad simbólica a la publicación. El segundo grupo son los lectores que conformaban su audiencia directa: un público intelectual restringido pero altamente influyente, cuya fidelidad era condición de posibilidad del proyecto. El tercer grupo está formado por los intelectuales y medios con los que Sur dialogaba o disputaba posiciones dentro del campo cultural argentino e internacional. El cuarto, finalmente, son los actores del campo cultural internacional: escritores, revistas y redes intelectuales europeas y americanas con las que Sur buscaba establecer vínculos de reconocimiento que reforzarán su legitimidad local.



Mapa de Públicos Revista Sur

La gestión de públicos que Sur llevó adelante a lo largo de su trayectoria no puede comprenderse como un proceso de comunicación unidireccional. Siguiendo el planteo de Bernays, la influencia institucional eficaz no consiste en la emisión de mensajes hacia una audiencia pasiva, sino en la construcción de relaciones de intercambio simbólico en las que cada parte obtiene algo que necesita. En el caso de Sur, cada uno de sus cuatro públicos sostuvo con la revista un vínculo bilateral cuya lógica específica merece ser examinada con detenimiento.

La relación con los colaboradores y escritores constituye el primer y más visible de estos ciclos. Sur les otorgaba visibilidad, reconocimiento y pertenencia a un circuito cultural de prestigio: publicar en sus páginas equivalía a ingresar a una red de legitimación que excedía el ámbito nacional y conectaba a los autores con el debate intelectual europeo y americano. El testimonio del propio Borges, quien reconoció que antes de Sur era "el hombre invisible de Wells en Buenos Aires", ilustra con precisión el peso de esa consagración. Pero la relación no era de dependencia unilateral: los colaboradores devolvían a la revista su propio capital simbólico. Cada nombre que aparecía en sus páginas transfería autoridad a la publicación, reforzaba su reputación como espacio de excelencia y la hacía más atractiva para otros escritores e intelectuales. Sur necesitaba a Borges tanto como Borges necesitaba a Sur, y esa interdependencia fue la base de una de las operaciones de relaciones públicas más exitosas de la cultura argentina del siglo XX.

El ciclo con los lectores respondía a una lógica diferente pero igualmente bilateral. Sur les ofrecía marcos interpretativos, agenda cultural y criterios para organizar el debate sobre la identidad nacional, la política y el arte. En un período atravesado por transformaciones profundas —el avance de los totalitarismos, el peronismo, la crisis del liberalismo europeo— la revista funcionaba como una brújula simbólica para un público intelectual que buscaba orientación. A cambio, ese público devolvía fidelidad: una fidelidad que no era solo afectiva sino estructural, en tanto garantizaba la continuidad

del proyecto editorial y legitimaba a Sur como referencia ineludible del campo cultural. Cuando esa fidelidad comenzó a erosionarse, a medida que nuevas generaciones intelectuales encontraron en otros espacios sus marcos de referencia, la revista perdió una de las condiciones fundamentales de su existencia.

La relación con el campo intelectual local —medios, pares, críticos, otras publicaciones— operaba bajo la lógica de la disputa y el diálogo. Sur establecía criterios de legitimación cultural: definía qué era alta cultura, qué autores merecían consagración, qué debates eran relevantes. Esta capacidad de fijar jerarquías simbólicas le otorgaba una posición dominante dentro del campo. Pero esa posición se construía y se renovaba precisamente a través de las controversias que generaba. Cada polémica en torno a Sur —su postura ante el peronismo, su cosmopolitismo, su elitismo— no debilitaba necesariamente su centralidad, sino que la confirmaba: una institución solo puede ser objeto de disputa si previamente ha logrado ocupar un lugar de importancia. En este sentido, las críticas que recibía funcionaban paradójicamente como un insumo para su propia reputación, en la medida en que certificaban que sus posiciones tenían peso suficiente como para ser contestadas.

Finalmente, la relación con las redes intelectuales internacionales constituyó uno de los activos más singulares del proyecto. Sur ofrecía a escritores y pensadores europeos y americanos una plataforma desde la cual proyectar sus ideas hacia América Latina, y al mismo tiempo presentaba voces latinoamericanas ante circuitos culturales de alcance global. A cambio, esas redes devolvían a la revista una validación cosmopolita que resultaba decisiva para su legitimidad local: la presencia de Woolf, Camus, Ortega y Gasset o Tagore en sus páginas no solo enriquecía el contenido editorial, sino que funcionaba como señal de reconocimiento internacional, reforzando la autoridad de Sur ante sus públicos argentinos.

Lo que revela el análisis de estos cuatro ciclos en conjunto es una lógica de retroalimentación acumulativa. La reputación construida con un público no operaba de manera aislada, sino que amplificaba la credibilidad ante los demás: los colaboradores de prestigio atraían lectores exigentes, los lectores exigentes legitimaban la disputa con el campo local, y el reconocimiento internacional reforzaba la capacidad de consagrar colaboradores. Es precisamente esta arquitectura de relaciones interconectadas lo que Bernays tenía en mente cuando hablaba de ingeniería del consentimiento: no la imposición de un mensaje, sino la construcción sostenida y estratégica de vínculos que producen legitimidad de manera acumulativa. Sur no fue simplemente una revista de calidad; fue una institución que gestionó con notable coherencia un sistema de relaciones simbólicas del que dependía su influencia.

La gestión de estos públicos no fue homogénea ni estática. A lo largo de su trayectoria, Sur debió renegociar permanentemente su posicionamiento ante cada uno de ellos, adaptando sus estrategias sin perder la coherencia de su proyecto central. Esta capacidad —o incapacidad— de gestionar relaciones con públicos diversos constituye una de las claves para comprender tanto el período de mayor influencia de la revista como las razones de su declive.

La legitimación institucional, en este marco, no se construye de una vez y para siempre, sino que requiere una gestión continua. Bernays señalaba que la credibilidad de una institución depende de su capacidad para sostener coherencia entre sus valores declarados y sus prácticas concretas. Sur encarnó este principio de manera notable durante sus primeras décadas: la defensa de la libertad intelectual no fue solo una proclama editorial, sino un criterio efectivo que orientó cada decisión relevante y que, en consecuencia, consolidó la reputación de la revista como espacio confiable e independiente. Esa coherencia fue su principal activo de relaciones públicas, y su eventual erosión —frente a los desafíos del peronismo y los cambios generacionales de los años sesenta— uno de los factores que contribuyeron a su declive institucional.

Misión, visión y valores institucionales: una reconstrucción analítica

Sur no elaboró un documento fundacional que enunciara formalmente su misión, su visión o sus valores. Como era habitual en las instituciones culturales de la primera mitad del siglo XX, su identidad se construyó de manera implícita a través de las decisiones editoriales, los textos dispersos en sus páginas, y las temáticas que eligió tratar, así como también las que prefirió ignorar. Sin embargo, la ausencia de una formulación explícita no implica la ausencia de un proyecto. Identificar misión, visión y valores en una organización es hoy una práctica extendida tanto en las relaciones públicas como en la gestión organizacional en general, utilizada para comprender y comunicar la identidad institucional. Aplicar estas categorías retroactivamente a Sur permite hacer visible la coherencia estratégica que subyacía a la práctica de la revista.

Misión

En términos contemporáneos, la misión de una organización describe su propósito fundamental: qué hace, para quién y por qué. En el caso de Sur, ese propósito puede reconstruirse a partir de sus editoriales, sus criterios de selección y los testimonios de su fundadora. La misión implícita de la revista era actuar como mediadora cultural entre el pensamiento europeo y el espacio intelectual americano. Sur se concebía a sí misma como una plataforma que buscaba incorporar al debate local las corrientes más significativas del pensamiento occidental contemporáneo, al tiempo que proyectaba voces latinoamericanas hacia circuitos de mayor alcance. Esta doble operación de importación y exportación cultural definía el núcleo de su actividad y justificaba su existencia como proyecto editorial.

Visión

La visión, en cambio, remite a la imagen del futuro que una institución aspira a construir, es la meta que determina su accionar. La visión de Sur puede reconstruirse a partir de una aspiración concreta y sostenida a lo largo de toda su trayectoria: convertirse en una publicación de referencia indiscutida del campo cultural internacional. Un espacio a través del cual se consagraran autores y se dan debates intelectuales relevantes. Sur quería ser el árbitro del gusto y la legitimidad cultural en su tiempo y en su región. La dificultad para sostener esa posición a medida que el campo intelectual se

diversificaba y se polarizaba políticamente, especialmente desde los años cincuenta, revela hasta qué punto la visión de la revista dependía de un consenso cultural que el contexto histórico fue erosionando progresivamente.

Valores

Los valores institucionales son los principios que orientan la toma de decisiones y dan coherencia a la conducta de una organización a lo largo del tiempo. En Sur, es posible identificar al menos cuatro valores estructurantes.

- **Autonomía:** la revista defendió consistentemente su independencia de los poderes políticos, económicos y religiosos, y esa defensa fue uno de los criterios más visibles de su identidad pública.
- **Cosmopolitismo:** la apertura deliberada hacia las tradiciones culturales europeas y americanas, entendida no como subordinación sino como condición de posibilidad para un diálogo en pie de igualdad.
- **Intelectualismo:** Sur operaba bajo un criterio explícito de excelencia que la diferenciaba de otras publicaciones y justificaba su posición dominante en el campo; ese criterio se traducía en la selección cuidadosa de colaboradores, en el cuidado formal de la publicación y en la disposición a sostener posiciones impopulares cuando eran intelectualmente justificadas.
- **Tutela cultural:** Sur asumía que la alta cultura tenía una función civilizatoria y que quienes tenían acceso a ella estaban en mejores condiciones de orientar los debates públicos. Este último valor trajo numerosas críticas, dado que la disputa entre los distintos sectores ideológicos cuestionó y desafió constantemente la pretensión de que la élite fuera la legítima propietaria y orientadora de la cultura.

La reconstrucción de estos tres elementos pone de manifiesto que Sur operó, durante sus décadas de mayor influencia, con una notable coherencia entre misión, visión y valores. Esa coherencia no fue el resultado de una planificación estratégica en sentido moderno, sino de la consistencia de un grupo humano cohesionado en torno a una idea compartida y a un proyecto definido. Desde la perspectiva de las relaciones públicas, una institución solo puede proyectar credibilidad hacia afuera si existe, primero, una identidad estable hacia adentro, y Sur encarnó ese principio de manera sostenida a lo largo de sus primeras décadas.

Capítulo II: Argentina Incipiente

En la historia de cualquier nación, los medios de comunicación juegan un papel fundamental en la construcción de la identidad colectiva, en la difusión de la información y en la constitución del discurso público. Argentina no es la excepción, y su historia está profundamente marcada por los desarrollos y transformaciones de los medios de comunicación. Este capítulo pretende ofrecer una mirada integral sobre el contexto histórico de Argentina y la evolución de sus medios de comunicación, poniendo especial atención en los medios locales, su legislación, formas y relevancia a lo largo del tiempo.

Inicios de la Prensa Argentina

En 1801 se creó el primer medio de comunicación impreso de la región del Virreinato del Río de la Plata; el “Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata”, el cual, a pesar de su breve tiempo de publicación, marcó su paso en la historia por ser el primer medio de comunicación gráfico de la región, que abrió las puertas a la invención de todos aquellos periódicos creados a posteriori. Entre sus páginas, incluyó artículos sobre economía, política y cultura.

En la década siguiente a 1801, junto con la creación de la primera imprenta establecida en Buenos Aires, llamada “Imprenta de los Niños Expósitos”, se crearon varios periódicos, panfletos y gacetillas, los cuales comenzaron a difundir noticias e ideas que establecieron los cimientos del movimiento independentista.

En 1810, en paralelo con el inicio del proceso independentista en el cual se embarcó el Virreinato de La Plata; al momento de la conformación de la Primera Junta del Cabildo de Buenos Aires, Mariano Moreno, participante de aquella primera junta, creó la Gazeta de Buenos Aires, la cual se constituyó como el medio oficial por el cual el gobierno informaba sus decisiones al pueblo criollo. De esta manera, se construye el primer medio de comunicación oficial, subordinado al poder ejecutivo del momento.

Moreno fue uno de los primeros argentinos en dedicar atención a la prensa. La concibió como una herramienta pedagógica y republicana, para formar una ciudadanía crítica. En la primera edición de este periódico, se expresó el objetivo con el cual se le dio creación:

“El pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes, y el honor de éstos se interesa en que todos conozcan la execración con que miran aquellas reservas y misterios inventados por el poder para cubrir sus delitos. El pueblo no debe contentarse con que sus jefes obren bien, debe aspirar a que nunca puedan obrar mal. Para logro de tan justos deseos ha resuelto la Junta que salga a la luz un nuevo periódico semanal con el título de Gazeta de Buenos Ayres”.

Durante el período inmediatamente posterior a la independencia, la prensa escrita estaba en sus primeras etapas de desarrollo, los diarios eran en su mayoría publicaciones pequeñas y periódicas que se centraban en asuntos locales, políticos y comerciales. La imprenta desempeñó un papel significativo en la difusión de ideas políticas y culturales en el Virreinato del Río de la Plata, y su existencia marcó el inicio de la industria de la impresión en la región. Algunos de los diarios más destacados de la época incluyen "El Telégrafo" y "La Gaceta Mercantil".

En aquel momento, los medios de comunicación enfrentaban desafíos profundamente distintos a los que enfrentan actualmente. Por el contrario a la situación actual, lejos estaban de poder comunicar de manera masiva a todo el conjunto social que conformaba las Provincias Unidas del Río de la Plata, y no únicamente por las distancias tecnológicas entre aquel entonces y hoy, sino también por las características propias de aquel conjunto social. A pesar de ser significativamente más pequeño, la diversidad que lo componía era inmensa. En aquella joven región conviven grupos marcados por las diferencias en su etnia, raza, cultura, religión y estatus social. Las distancias en condiciones y calidad de vida entre aquellos grupos eran tan diversas como ellos mismos. Mientras que la alta sociedad era políglota, un gran porcentaje de los estratos más carenciados no sabían leer ni escribir en su propia lengua. En estas condiciones, sería imposible pensar en un medio que logrará informar transversalmente al pueblo de aquella región.

Los periódicos de la época fueron publicados por y para las clases altas de la sociedad, la cual estaba principalmente ubicada en la provincia de Buenos Aires. En aquella región, con el paso de los años, comenzaron a surgir nuevos medios de comunicación gráficos, los cuales se caracterizaron por ser altamente dependientes del poder político.

“La subordinación de los periódicos a la política y a las disputas por la organización del espacio de una Argentina independiente fue un signo de la etapa hasta el período de la organización nacional de la década del 80. Los diarios eran dirigidos a nichos específicos de lectores, en una sociedad en la que el analfabetismo era mayoritario y en la que el espacio público se hallaba en una fase de conflictiva germinación. La censura explícita fue aplicada intermitentemente por varios gobiernos desde los años veinte del siglo XIX, con el objeto de restringir ataques a la autoridad o a la religión, así como a los discursos considerados libertinos.” (Becerra, M. (2010). *Las noticias van al mercado: etapas de intermediación de lo público en la historia de los medios de la Argentina*. *Intérpretes e interpretaciones de la Argentina en el bicentenario*, 1, 139-165.)

A partir de la cita de Becerra se reconoce otra característica fundamental de los medios de comunicación del siglo XIX: la subordinación a la política. A diferencia de la falta de transversalidad social, desafío que los medios de comunicación lograron atravesar exitosamente, consiguiendo construir modelos de comunicación masiva, la subordinación a la política presentó un camino menos lineal y más inestable para los medios. Durante la historia argentina, fueron varios los momentos en que el accionar periodístico fue limitado y hasta censurado por las fuerzas de la política. Los medios

de comunicación y el poder ejecutivo mantuvieron por décadas una relación caracterizada por la tensión y el conflicto de interés.

Esto a su vez es complejizado por el hecho de que, desde su fundación, los medios de comunicación han sido impulsados y financiados parcialmente por el estado. Desde la Gazeta de Buenos Aires, de Moreno, hasta el actual y vigente Grupo Clarín, los medios de comunicación percibieron históricamente aportes económicos asignados por el poder ejecutivo.

Esta relación económica es legítima en cuanto se piensa a los medios de comunicación como un servicio a la sociedad civil. Una herramienta gestionada por y para los ciudadanos, permitiendo ejercer una suerte de vigilancia por sobre la escena política. Esta capacidad de contrapoder ha sido ampliamente estudiada, y pensadores como Thomas Carlyle lo han denominado “Cuarto Poder”.

“(…)ya en los finales del siglo xviii, se acuñó dicho término para hablar de los incipientes medios de comunicación como aquellos que conforman ese cuarto poder. Ciertamente es que, entonces, se entendía como un poder de la ciudadanía, que encontraba su función esencial en la vigilancia de las actuaciones de los otros tres. Se instauraba el ejecutivo, legislativo y judicial como los poderes del Estado para un buen gobierno en favor de la mayoría social y frente a la monarquía absoluta donde todo el poder residía en el soberano. Pero se intuía, ya entonces, que estos tres poderes debían estar, de alguna forma, supervisados para que sus actuaciones fueran transparentes, limpias y con el necesario equilibrio.” (Pazos, J. G. (2019). *Medios de comunicación: ¿al servicio de quién?* Icaria.)

La relación entre los medios de comunicación y la política es caracterizada por su tensión en todo el mundo. Esta relación es un fenómeno mundial, cuyos procesos, acciones y respuestas fueron replicadas a lo largo de la historia en diversos países, cada uno con sus propias peculiaridades. Esta capacidad de los medios de ejercer vigilancia y control sobre la política y sus actores solo es posible en cuanto este cuarto poder se mantenga independiente al poder político, garantizando la pluralidad de voces y opiniones. En el caso argentino, esta tensión se manifestó recurrentemente a lo largo del siglo XX, desde la censura impuesta por el gobierno de Rosas hasta la problemática relación entre el gobierno de J.M Perón y la prensa conservadora. Este punto será desarrollado con mayor profundidad a lo largo de este trabajo, deteniéndose particularmente en la relación que mantuvo la Revista Sur y su fundadora con el gobierno peronista.

Es responsabilidad de la política garantizar a los medios de comunicación la libertad necesaria para poder expresarse, respetando la ética y deontología profesional, proporcionando información, análisis y debates sobre aquellos asuntos que resultan de interés para la sociedad civil. Así lo establece la propia Constitución Nacional de 1853, declarando a la libertad de prensa como un principio constitucional. (Const. Nac. Arg., art. 14).

Por estas razones, es esperable que aquellas formas de gobierno con tendencias autoritarias sostengan una relación disfuncional con los medios. En regímenes no democráticos, el gobierno

suele tener un control directo sobre los medios de comunicación, incluyendo la propiedad de medios de comunicación estatales y la regulación estricta de los medios privados. Esto les permite influir en la narrativa mediática y suprimir a la oposición. A lo largo de la historia Argentina, fueron varias las ocasiones en que gobiernos de estas características abusaron del poder, coartando la libertad de expresión e impidiendo que los medios de comunicación cumplieran con su función esencial de servicio a la sociedad civil.

Los medios de comunicación durante las últimas décadas del siglo XIX

En el siglo XIX, Argentina experimentó una serie de conflictos políticos y militares, pero no hubo dictaduras militares de larga duración como las que ocurrieron en el siglo XX. En su lugar, este periodo histórico se caracterizó por la inestabilidad política y las luchas internas entre diferentes facciones políticas y líderes provinciales. Las provincias atravesaron momentos de disputa, cada una buscando proteger sus propios intereses en el proceso de asentarse como una nación. La inestabilidad política y los conflictos eran rasgos dominantes en la Argentina del siglo XIX hasta que se logró una mayor estabilidad con la unificación del país bajo el gobierno de Buenos Aires y la presidencia de Bartolomé Mitre en 1862.

Durante la presidencia de Bartolomé Mitre en Argentina (1862-1868), se fundaron y se consolidaron varios periódicos que desempeñaron un papel importante en la difusión de noticias y opiniones políticas. En los años próximos a su presidencia se fundaron varios periódicos notables, como "La Nación" y "El Nacional", que aún existen en la actualidad.

Bartolomé Mitre fundó el diario "La Nación" en 1870, dos años después de finalizar su presidencia. Este periódico se convirtió desde sus comienzos en uno de los diarios más influyentes y respetados de Argentina y logró un impacto significativo en la historia y la política del país. "La Nación" mantuvo una marcada orientación liberal y unitaria, correspondiendo con la ideología política de su creador. Durante las últimas décadas del siglo XIX, el periódico desempeñó un papel importante en la promoción de los valores democráticos y la defensa de la unidad nacional.

La promulgación de la Ley de Imprenta, o Ley N° 1.579, representó un evento fundamental en el desarrollo de la industria de prensa argentina. Dicha ley fue promulgada el 19 de octubre de 1874 durante la presidencia de Nicolás Avellaneda. Sin embargo, popularmente es conocida como la Ley de Imprenta de Mitre, dado que el ex presidente tuvo una gran influencia en la sanción de aquella ley. Mitre consideraba que la prensa debía ser regulada para mantener un orden y control sobre el contenido publicado en los medios, y garantizar de esa manera la estabilidad y el orden en la sociedad.

Dentro de las disposiciones más importantes de esta ley se observan los siguientes artículos:

"Artículo 1°- Todos los diarios, revistas y publicaciones periódicas deberán consignar claramente en lugar y con impresión destacados el nombre del editor o director responsable, el número de su inscripción en el Registro de la Propiedad Intelectual y el domicilio legal.

Art. 2°- Las publicaciones que omitieren el cumplimiento de las disposiciones del presente decreto ley, como los impresos de cualquier naturaleza que carezcan de pie de imprenta que los obliga el artículo 2 del Decreto N° 32.883/47 serán reputadas clandestinas, pudiendo ser comisadas, sin perjuicio de las sanciones que correspondan a quienes las hayan impreso.”

Este suceso sentó un precedente fundamental para la continuación del desarrollo de la prensa en Argentina, ya que, a partir de su sanción, se estableció que los editores de publicaciones eran responsables por el contenido de los periódicos que publicaban. Esto significaba que los editores podrían enfrentar sanciones legales por el contenido de sus publicaciones. Sobre la libertad de prensa, Mitre presentó diversas opiniones y posturas, persiguiendo un equilibrio entre su ideología liberal, y su deber moral como periodista.

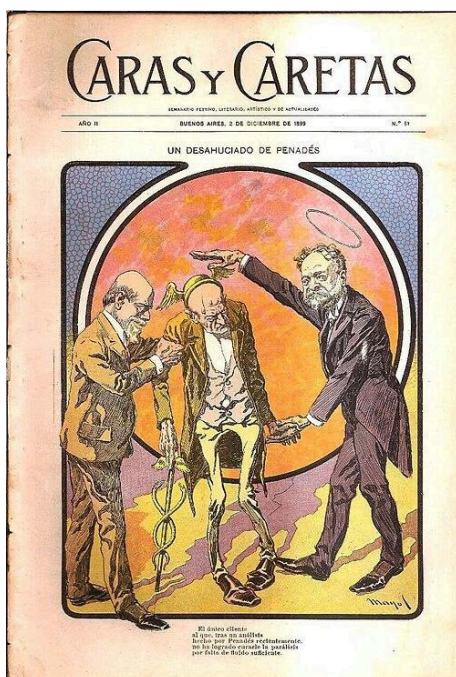
“señalaba que el abuso de la prensa producía males mayores, pues permitía que se cercenaran derechos sin que se generen reacciones en contra, y esto podría llevar a que así fueran tratados quienes no lo mereciera. Asimismo, en su calidad de legislador, presentó un proyecto de casi cien artículos: “Sobre uso y abuso de la libertad de imprenta”. El proyecto consideraba abusivos a los “impresos que ofendan la moral pública, instiguen a la sedición, ataquen la vida privada e imputan hechos falsos a los particulares o a los funcionarios públicos”; precisaba además qué contenidos merecían esa calificación y cuáles no, y las penas que cabían en cada caso.” (Wasserman, F. (2018). La ley y el orden: La libertad de imprenta en Buenos Aires durante la década de 1850. Quinto Sol, 22(3), 1-22.)

Próximo al final del siglo XIX comenzaron a publicarse, además de periódicos, revistas de interés cultural y político. Cabe destacar, dentro de las numerosas revistas a “Caras y Caretas”, que se publicó por primera vez en 1898, fundada por Samuel Wormser. La revista se destacó por su contenido político, social y de humor gráfico. Durante su existencia, “Caras y Caretas” se convirtió en una de las publicaciones más influyentes en Argentina. La revista se publicó regularmente hasta 1941, y luego tuvo algunas reediciones en décadas posteriores. Durante su período de mayor influencia, “Caras y Caretas” abordó una variedad de temas de actualidad y publicó caricaturas políticas que se convirtieron en icónicas en la historia de la prensa argentina.

Además de su éxito comercial, Caras y Caretas asumió un papel decisivo en la formación de la opinión pública y en la consolidación de una cultura visual moderna en la Argentina de fin de siglo XIX. Sus caricaturas y fotomontajes introdujeron un nuevo lenguaje gráfico, accesible, híbrido entre lo informativo y lo satírico. Esta revista fue pionera en combinar humor y crítica política, permitiendo que amplios sectores de la población se acercaran a la actualidad política y cultural. De este modo, la revista contribuyó a democratizar el acceso a la lectura y a incorporar nuevas formas de representación de la realidad social.

Esta dinámica visual-editorial responde a una lógica de masificación mediática, en la cual el medio impreso pasa a desempeñar simultáneamente funciones informativas, estéticas y de entretenimiento. Tal como indica Gamarnik (2018) al incorporar fotografías y caricaturas, Caras y Caretas permitió

ampliar al público lector y diversificar el alcance de la prensa ilustrada, desplazando los límites que dividían a la prensa especializada de la prensa de masas. En definitiva, la revista se ubicó en la intersección entre el surgimiento de una esfera pública modernizada y la consolidación de formas de consumo mediático propias de la sociedad de masas emergente.



Caras y Caretas n° 61, 2 de diciembre de 1899

En estos años comienzan a aparecer las primeras revistas literarias, que abrieron sus puertas a escritores argentinos y comenzaron a indagar en el significado de identidad nacional, convirtiéndose en un tópico omnipresente en sus publicaciones y sus escritores.

Entre las más destacadas de este período pueden mencionarse *La Revista de Buenos Aires* (1863–1871), dirigida por Miguel Cané y Vicente Fidel López, que tuvo un papel fundamental en la difusión de ideas vinculadas a la construcción de una identidad nacional a través de la literatura y la historia. Décadas más tarde, *Nosotros* (fundada en 1907 por Roberto Giusti y Alfredo Bianchi) se consolidó como una de las publicaciones culturales más influyentes del país, reuniendo a intelectuales, escritores y críticos que debatieron sobre el rumbo moral, político y estético de la Argentina moderna. Ambas revistas, desde perspectivas distintas, contribuyeron a institucionalizar el campo literario nacional y a establecer un espacio de reflexión donde se discutían las tensiones entre tradición y modernidad, europeización e identidad criolla.

Para entender la naturaleza de las discusiones en las que se sumergieron estas editoriales, es necesario poner el foco en el contexto político que habitaban. A continuación, se desarrollarán con mayor detalle los períodos correspondientes al Orden Conservador y a las primeras presidencias de la Unión Cívica Radical.

Ambos representan momentos decisivos en la historia argentina. Julio Argentino Roca lideró las denominadas Campañas del Desierto, que ampliaron el control estatal sobre los territorios del sur y consolidaron la autoridad del Poder Ejecutivo Nacional sobre las provincias. Su figura simboliza el proyecto político del Orden Conservador, orientado a la organización del Estado, la centralización del poder y la integración económica del país al mercado mundial.

Hipólito Yrigoyen, por su parte, fue el primer presidente elegido bajo el régimen de la Ley Sáenz Peña (1912), que estableció el voto secreto, universal y obligatorio para los varones argentinos. Su gobierno marcó el inicio de una nueva etapa política caracterizada por una mayor participación ciudadana y por la incorporación de sectores medios a la vida pública. Asimismo, representó un primer acercamiento del poder político a ideas con una orientación popular y reformista, aunque no estrictamente populista en el sentido moderno del término.

En materia cultural, ambos períodos resultan tan opuestos como en el plano político. Mientras los conservadores promovían una Argentina europeizada, identificada con los valores y modelos culturales del Viejo Continente, los radicales resignificaron los valores criollos y nacionales, en un contexto en el que la intensa inmigración transformó las costumbres, las ideas y las expresiones artísticas. Durante el período radical se fortalecieron manifestaciones culturales como el tango y cobraron visibilidad corrientes ideológicas como el anarquismo y el socialismo, que encontraron cierto margen de expresión en un clima político más abierto que el del régimen conservador.

En las próximas páginas se desarrollarán en mayor profundidad ambos periodos, indagando en su vinculación con la prensa y la identidad cultural de una Argentina más consolidada.

El Orden Conservador: apogeo de las elites nacionales y una identidad europeizante

Durante las presidencias de Julio Argentino Roca (1880-1886 y 1898-1904) se consolidó en la Argentina el período conocido como el Orden Conservador. Su ascenso al poder marcó un cambio decisivo: en 1880 se federalizó la ciudad de Buenos Aires y se estableció como capital de la República, lo que significó el fin de las prolongadas disputas entre la provincia y el resto del país. Roca, que había ganado notoriedad al dirigir la Campaña del Desierto en 1879 siendo ministro de Guerra de Avellaneda, encarnaba el proyecto de las élites que buscaban expandir la frontera agrícola, integrar al país en el mercado mundial y organizar un Estado centralizado y moderno.

Ese proyecto estuvo en manos de la llamada Generación del '80, un grupo de dirigentes e intelectuales que adoptó las ideas del liberalismo y el positivismo europeos. Para ellos, el camino hacia el progreso debía seguir el modelo de Europa: orden social, disciplina, educación laica y un Estado fuerte. Creían que las clases populares no estaban preparadas para ejercer los mismos derechos políticos que la élite y, en consecuencia, recurrieron al fraude electoral sistemático para sostenerse en el poder. Su lema implícito fue "orden y progreso": primero garantizar la estabilidad política y económica, luego impulsar la modernización bajo la dirección de una élite ilustrada.

En lo económico se consolidó el modelo agroexportador. Argentina se integró al mercado mundial como proveedora de carnes, cereales y cueros, productos demandados por las potencias industriales. Inglaterra se convirtió en el principal socio comercial e inversor, controlando ferrocarriles, frigoríficos y bancos, lo que le permitió orientar la economía argentina hacia sus propios intereses. En paralelo, el Estado fomentó la inmigración europea con la expectativa de “mejorar” la población local; sin embargo, la mayoría de los recién llegados eran trabajadores pobres que se insertaron en las ciudades y en el campo, dando origen a un movimiento obrero que pronto se organizó en sindicatos y adoptó ideologías como el anarquismo y el socialismo.

El gobierno de Roca también avanzó en materia institucional. En 1881 se creó la moneda nacional, en 1884 el Registro Civil pasó a manos del Estado, y ese mismo año se sancionó la Ley 1420 de educación común, gratuita y obligatoria, que limitó la influencia de la Iglesia en la enseñanza. Estos cambios respondían a una visión modernizadora y laicista que buscaba consolidar una identidad nacional de corte europeo.

Tras el primer mandato de Roca, la presidencia fue asumida por su cuñado, Miguel Juárez Celman, cuyo gobierno cayó en 1890 tras la Revolución del Parque, levantamiento cívico encabezado por Mitre y Alem en rechazo al fraude y la corrupción. El poder pasó a Carlos Pellegrini, quien enfrentó la crisis económica y sentó bases de un incipiente desarrollo financiero con instituciones como el Banco Nación. De esa experiencia surgió la Unión Cívica, que poco después se dividió en la Unión Cívica Nacional, liderada por Mitre, y la Unión Cívica Radical, encabezada por Alem y su sobrino Hipólito Yrigoyen.

La UCR protagonizó dos levantamientos fallidos en 1893 y 1905, con la intención de derribar al régimen conservador. Alem, desgastado, se suicidó en 1896, dejando a Yrigoyen como figura central del radicalismo. Durante este tiempo, las tensiones sociales se intensificaron: el Estado respondió con la Ley de Residencia (1902), que habilitaba la expulsión de extranjeros involucrados en huelgas o conflictos, y con la instauración del servicio militar obligatorio (1901), pensado también como instrumento de disciplina social.

En su segundo mandato, Roca enfrentó crecientes huelgas obreras y protestas urbanas. En 1904 logró imponer como sucesor a Manuel Quintana, electo mediante prácticas fraudulentas. Tras la muerte de Quintana en 1906, asumió José Figueroa Alcorta, quien tuvo que lidiar con la creciente conflictividad social. Durante su presidencia se produjo la huelga de inquilinos de 1907 y la violenta represión del 1° de Mayo de 1909, conocida como la Semana Roja, que culminó con el asesinato del jefe de policía Ramón Falcón a manos de un anarquista ruso.

El Centenario de 1910 encontró a la Argentina en una situación ambivalente: hacia afuera se mostraba como uno de los países más prósperos del mundo, capaz de exhibir grandes obras públicas y celebraciones fastuosas, pero en el plano interno crecía el malestar social y se multiplicaban las huelgas. Ese mismo año asumió la presidencia Roque Sáenz Peña, quien comprendió que el régimen conservador ya no podía sostenerse únicamente con fraude y represión.

Su gran legado fue la sanción de la Ley Sáenz Peña (1912), que estableció el voto secreto, universal (masculino) y obligatorio, y que buscaba integrar a los radicales y socialistas en el sistema político, trasladando la disputa de la calle al Congreso.

Finalmente, en 1916, se celebraron las primeras elecciones limpias desde la década de 1880. El triunfo de Hipólito Yrigoyen y la Unión Cívica Radical marcó el fin del orden conservador iniciado por Roca y abrió una nueva etapa en la historia política argentina.

Yrigoyen inicia su primer mandato como el primer presidente elegido bajo las nuevas reglas electorales establecidas por la Ley Sáenz Peña, y lo concluye en un clima de creciente conflictividad que desemboca en el primer golpe de Estado cívico-militar del siglo XX. En sus comienzos, el yrigoyenismo se destaca por su fuerte apoyo popular: durante su llegada a la Casa Rosada, un grupo de manifestantes incluso desenganchó los caballos del carruaje presidencial para empujarlo ellos mismos, manifestando la esperanza que las clases populares depositaban en la promesa de un gobierno que daría lugar a los reclamos y discusiones que se gestaban desde el seno de una sociedad en plena transformación política y social.

Por primera vez los radicales enfrentaban el desafío de gobernar, mientras que los conservadores debieron replegarse al rol de oposición. Desde el inicio, Yrigoyen recurrió a la intervención federal en las provincias gobernadas por conservadores, lo que generó acusaciones tempranas de autoritarismo y tensó su relación con el Congreso. En el plano mediático, Diario Crítica se alineó con la oposición, mientras que La Protesta, de orientación anarquista, alcanzó la mayor tirada entre la prensa obrera.

Yrigoyen intentó establecer un estilo de conducción austero, procurando dar el ejemplo con su propia conducta. Pagaba de su bolsillo su alimentación y hasta reparaciones del automóvil presidencial, un gesto que buscaba mostrar distancia respecto de la elite política tradicional.

A pesar de los esfuerzos moralistas del primer mandatario, el estallido de la Primera Guerra Mundial impactó negativamente en la economía argentina, causando la desestabilización de la economía local. En una primera etapa, el país experimentó una fuerte contracción económica, producto de la caída de las exportaciones, la disminución de los ingresos fiscales y el aumento del costo de los bienes importados. Sin embargo, este escenario adverso provocó simultáneamente una transformación estructural: la interrupción del abastecimiento europeo abrió espacio para una expansión temprana de la industria nacional, especialmente en ramas livianas como textiles, calzado, alimentos procesados y metalurgia básica. La crisis puso de manifiesto la vulnerabilidad estructural del modelo agroexportador, cuya dependencia de los mercados externos hacía que cualquier fluctuación internacional repercutiera de manera inmediata sobre la estabilidad económica interna. Esto incentivó un moderado crecimiento en el sector industrial local, elevando la demanda de mano de obra. En este sentido, la guerra funcionó como un acelerador de las capacidades productivas internas, revelando tanto las potencialidades como las limitaciones del modelo primario exportador que predominaba desde fines del siglo XIX.

En el plano de la militancia juvenil, los ecos de la Revolución Rusa y la difusión de nuevas ideas reformistas aceleraron procesos locales. En 1918 estalló en Córdoba la rebelión estudiantil que cuestionó la estructura universitaria, a la que consideraba conservadora y elitista. Yrigoyen acompañó el diagnóstico y promovió la Reforma Universitaria, que se expandió al resto del país, renovando los claustros, los estatutos, los planes de estudio y la forma de gobierno universitario, consolidando la tradición de la universidad pública autónoma y cogobernada.

La cercanía del gobierno con el movimiento obrero también caracterizó al período. Dirigentes sindicales visitaban con frecuencia la Casa Rosada, donde Yrigoyen intentaba mediar en los conflictos laborales y, en general, mostraba simpatía por las demandas de los trabajadores. Envío al Senado proyectos de salario mínimo, contrato colectivo y arbitraje obligatorio, pero ninguno obtuvo sanción debido a la mayoría conservadora en la Cámara Alta.

Con el fin de la guerra en 1918 se reactivó la economía, pero esto perjudicó a las industrias que habían surgido durante el conflicto, obligándolas a reducir salarios y personal. Comenzaron las huelgas y la represión policial se volvió habitual. El 9 de enero de 1919 una huelga general paralizó el país. Un cortejo fúnebre acompañaba los restos de los obreros muertos en la jornada de huelga y represión que se había producido día anterior. Esta manifestación popular escaló rápidamente y devino en una movilización masiva que la policía no logró contener.

Ante este escenario, grupos conservadores organizados formaron la Liga Patriótica Argentina, una fuerza parapolicial que perseguía huelguistas, anarquistas, catalanes y judíos, provocando incendios y ataques en distintos barrios obreros. Tras los hechos que pasarían a conocerse como la Semana Trágica, la ciudad intentó recuperar la normalidad, dejando un saldo de centenares de detenidos y numerosos inmigrantes expulsados.

Los sucesos de aquella semana recibieron una amplia cobertura por parte de la prensa. Diarios como La Nación y Crítica, presentaron los hechos centrando la narrativa en la violencia de los huelguistas y la ineficacia del gobierno de Yrigoyen para manejar las relaciones obrero-patronales. En la edición publicada el 11 de enero de 1919, las páginas de La Nación denunciaban: “El Departamento Nacional del Trabajo que tan sobresaliente papel podía tener en estos casos, no interviene en ellos; se limita a levantar estadísticas de lo que ocurra, con lo cual su misión es análoga a la de esos médicos de muertos al servicio de cementerios que hay en muchas localidades de Francia. El gobierno por su parte –quizá porque el gato escaldado del agua fría huye– no toca el tema”



La Nación. 11 de enero de 1919

Las críticas hacia la creciente violencia que caracterizó estas huelgas no fueron exclusivas a aquellas publicaciones de orientación conservadora. Caras y Caretas también sostuvo un fuerte juicio hacia los grupos que impulsaron las manifestaciones violentas y sus trágicos finales. El medio presentó, en su edición de la fecha, una lectura más generosa tanto con los grupos de trabajadores como con el gobierno de Yrigoyen. Condenó los hechos violentos y responsabilizó por ellos a quienes denomina “maleantes” y acusa de ser “extraños a toda organización obrera” desvinculando la violencia de la protesta laboral que reconoce como legítima.

“Buenos Aires ha presenciado varias huelgas, donde los obreros, en defensa de lo que creían su derecho, abandonaron el trabajo para lograr, por ese medio, resultado; a veces también, en la exaltación, se empleó la violencia, pero una huelga sangrienta, como ya que hemos tenido que tolerar, eso nadie lo hubiera imaginado, ni puede atribuirse a trabajadores. La causa de que se hayan producido demasías a las que no estábamos acostumbrados, y de que la violencia se haya llevado al extremo, ha sido porque a este movimiento se han mezclado, no ya obreros que pugnan por imponer un pliego de condiciones, o socialistas que desean hacer triunfar lo que creen su buena causa, sino ese elemento sin patria que aunque constituye por fortuna, minoría, quiso imponerse por la violencia; nos referimos a los maleantes, esos hombres ajenos a toda disciplina social, y extraños también a toda organización obrera. A ellos únicamente debemos los días de incertidumbre porque ha pasado nuestra capital. (...) El derecho de petición es justo; pero el de imposición que los ácratas propalan, no puede aceptarse de ningún modo. Creemos que el gobierno tomará medidas oportunas para curarnos de esta plaga que estamos padeciendo. El honor del país así lo exige.” (Caras y Caretas, 18 de enero de 1919)

Apenas dos meses después estalló otra huelga en el norte de Santa Fe. Las empresas rechazaron las demandas de mejores condiciones laborales y se recurrió a la represión mediante fuerzas privadas con aval de autoridades provinciales. Conflictos similares se replicaron en varias provincias. En Santa Cruz, Yrigoyen envió fuerzas militares para mediar entre trabajadores y patrones. Aunque se llegó a un acuerdo, los estancieros no lo cumplieron y, tras la retirada del Ejército, iniciaron una

persecución con apoyo policial y de la Liga Patriótica. Cuando las fuerzas nacionales regresaron, no lograron restablecer la negociación y amenazaron con la pena de muerte para quienes persistieran en la protesta. Entre 1921 y 1922, más de mil obreros fueron fusilados en los episodios conocidos como la Patagonia Rebelde, que el gobierno intentó silenciar.

El repunte económico atenuó parcialmente las tensiones sociales y abrió el camino hacia las elecciones. Yrigoyen eligió como candidato a Marcelo T. de Alvear, un dirigente de extracción aristocrática pero militante del radicalismo. La UCR ganó en 12 provincias y obtuvo la mayoría absoluta en el Colegio Electoral.

Durante la presidencia de Alvear, en un contexto de prosperidad, se recompusieron los salarios y se sancionaron leyes laborales para mujeres y niños. Sin embargo, persistía la escasez de dólares debido a las dificultades para colocar productos en el mercado estadounidense.

Alvear impulsó la creación de YPF bajo la dirección de Enrique Mosconi, convencido de que el autoabastecimiento petrolero era una condición indispensable para la soberanía económica. La construcción de la primera refinería en La Plata marcó un hito en la industrialización estatal. Paralelamente, el gobierno promovió la modernización de las Fuerzas Armadas mediante la adquisición de armamento y la instalación de nuevas bases militares.

En 1924 el radicalismo se fracturó en personalistas, leales a Yrigoyen, y antipersonalistas, que rechazaban su estilo de conducción. Esta división llevó a alianzas inesperadas entre opositores al líder radical, pero Yrigoyen volvió a imponerse en las elecciones de 1928, triunfando en 14 provincias.

La segunda presidencia comenzó bajo el signo de la recesión derivada del crack de 1929, que debilitó aún más al gobierno. Ante el deterioro político, sectores militares comenzaron a conspirar para un golpe de Estado. La prensa conservadora intensificó las denuncias de corrupción contra el oficialismo, mientras Yrigoyen intentó reforzar su autoridad interviniendo provincias conservadoras.

En respuesta a las críticas, Yrigoyen propuso la nacionalización del petróleo. El proyecto fue aprobado en Diputados, pero rechazado en el Senado por la oposición de las provincias productoras. Poco después, en diciembre de 1929, un joven anarquista atentó contra su vida disparándole cinco veces sin lograr herirlo.

La conspiración militar se articuló con la acción política de los opositores civiles. El general José Félix Uriburu, miembro de una familia de la elite tradicional, fue señalado como el líder capaz de encabezar la ruptura del orden democrático. En septiembre de 1930, el gobierno fue derrocado y Yrigoyen encarcelado en la Isla Martín García, interrumpiendo por primera vez en el siglo la experiencia democrática inaugurada en 1916.

La prensa conservadora y los diarios afines a sectores militares y de la élite económica apoyaron abiertamente la intervención, presentando el golpe como un “acto de salvaguarda de la nación” frente

a supuestas amenazas a la estabilidad política y económica. Publicaciones como La Prensa y Crítica adoptaron un tono favorable al gobierno de facto de José Félix Uriburu, destacando la necesidad de restaurar el orden y minimizar la figura del presidente depuesto.

En la búsqueda de una identidad nacional

En consonancia con los enfrentamientos políticos que caracterizaron estos años, la disputa por la consolidación de una identidad nacional se dividía mayormente en dos posturas. Por un lado se posicionaban aquellos que sostenían el discurso tradicional discurso anti gaucho y europeizante del orden conservador. Esta *corriente europeizante* constituyó un proyecto cultural, político e identitario orientado a moldear a la Argentina según los patrones de las principales naciones europeas —especialmente Francia e Inglaterra— consideradas modelos de “civilización”, modernidad y progreso. La europeización funcionó como dispositivo simbólico que reforzaba el liderazgo político, económico y cultural de la oligarquía terrateniente, que se autopercibía como portadora de la misión civilizadora. El consumo de cultura europea, la educación afrancesada y las prácticas sociales importadas se convirtieron en signos de distinción social.

Para lograr esto, se llevó adelante una marginalización sistemática de identidades consideradas ajenas al ideal de “civilización”. Este proceso supuso una reformulación deliberada de la identidad argentina mediante la deslegitimación de aquellas expresiones culturales que se asociaban al atraso o a la barbarie. En este sentido, las culturas indígenas fueron desplazadas del imaginario nacional, las tradiciones mestizas quedaron relegadas a un plano subalterno y los sectores populares rurales —particularmente el gauchaje— fueron retratados como obstáculos para el progreso.

Con el fracaso del modelo liberal impulsado por el roquismo, comenzaron a fortalecerse otras ideas y formas de pensar la argentinidad. En contraposición al modelo coservador, la juventud intelectual argentina persigue un modelo propio, que refleje con mayor autenticidad la historia del país que reconocen propio. Esta nueva generación recuperó y resignificó elementos del mundo rural, del mestizaje y de la tradición popular para construir una noción alternativa de identidad nacional, fundada no en la imitación de modelos europeos sino en la valoración de lo “propio” como fuente legítima de cultura. Inspirada en gran medida en la figura literaria del *Martín Fierro* —elevada a mito nacional por la generación intelectual del Centenario—, esta perspectiva convirtió al gaucho en emblema de autenticidad y libertad, y lo situó como depositario de una moral colectiva ligada a la experiencia local. La corriente criollista operó como un dispositivo de nacionalización cultural, que dotaba al país de una tradición propia y contraponía a la Argentina “afrancesada” un origen autóctono, mestizo y plebeyo.

Paradójicamente, esta corriente criolla que surgió en el seno de las universidades nacionales, fue acelerada e impulsada por el impacto que tuvieron las corrientes anarquistas y socialista que trajeron los inmigrantes europeos que desembarcaron en el país a partir de las políticas migratorias que implementaron los gobiernos conservadores, buscando atraer a ciudadanos europeos que puedan propagar su cultura “civilizadora” entre el pueblo argentino.

En el marco de esta búsqueda por definir la argentinidad es que Victoria Ocampo decide fundar la revista Sur. Unos meses después del golpe uriburista, durante los primeros días de enero de 1931, se publica el primer número de la revista que se convertiría en el escenario de discusión y disputa por el ^{tema} que habría de tomar la identidad nacional.

Capítulo II: Sur, en búsqueda de la identidad nacional

El modelo liberal había fallado internacionalmente, y Europa atravesaba nuevamente una crisis que desmejoró su fachada de modelo ejemplar. El colapso financiero de 1929 tuvo un impacto decisivo: la rápida propagación de la Gran Depresión desde Estados Unidos hacia Europa evidenció los límites del liberalismo económico clásico, basado en el libre mercado y en la mínima intervención estatal. La caída del comercio internacional, el aumento exponencial del desempleo y la inestabilidad bancaria revelaron la incapacidad de los mecanismos autorreguladores del mercado para contener la crisis, debilitando así la legitimidad de los gobiernos liberales.

A este deterioro económico se sumaba la fragilidad política de las recientes democracias europeas. En países como Alemania, Austria o España, la combinación de polarización social, fragmentación partidaria y crisis económica derivó en situaciones de ingobernabilidad que erosionaron la confianza en el sistema parlamentario y facilitaron el avance de alternativas autoritarias. En este contexto, el ascenso de movimientos comunistas tras la Revolución Rusa de 1917 generó un creciente temor entre las élites económicas y políticas. El miedo al desorden social y al posible contagio revolucionario impulsó a sectores conservadores y liberales a apoyar soluciones de fuerza, debilitando aún más las instituciones democráticas.

Esta situación disparó un interés por parte de los intelectuales de aquellos países de tendencia europeizante de resignificar su relación con el viejo continente. Habiéndose caído la idealización del eterno modelo ejemplar europeo, varios intelectuales latinoamericanos sintieron la demanda de redefinir su relación con Europa. La constatación de las limitaciones y tensiones internas del modelo liberal europeo abrió paso a dos inquietudes simultáneas. En primer lugar, y volviendo el foco hacia la Argentina, se intensificó un impulso introspectivo orientado a revalorizar lo propio y a indagar en las raíces nacionales en busca de una identidad más sólida y coherente. Esta búsqueda pretendía integrar dimensiones históricamente dispares: desde las élites terratenientes, de vocación conservadora y europeizante, hasta los sectores populares de herencia indígena e inmigrante, cuyo lugar en el imaginario nacional había sido frecuentemente marginalizado.

En el caso argentino, esta crisis del modelo liberal europeo coincidió con un período de profunda inestabilidad institucional. El golpe de Estado de 1930 no sólo interrumpió el orden democrático, sino que también puso en evidencia el agotamiento del proyecto liberal-oligárquico que había estructurado la vida política y cultural del país desde fines del siglo XIX. Para los intelectuales, este quiebre implicó la necesidad de repensar no sólo el sistema político, sino también los fundamentos simbólicos de la nación. La pregunta por la identidad nacional adquirió entonces una urgencia inédita, atravesada por la tensión entre tradición y modernidad, entre herencia europea y realidad americana.

Por otro lado, comenzó a perfilarse una segunda inquietud vinculada a la emergencia de un nuevo modelo de referencia en el hemisferio occidental: los Estados Unidos de América. La potencia norteamericana, en pleno ascenso económico, político y cultural, se presentaba como una alternativa posible frente al desgaste del centro europeo tradicional.

Estas motivaciones resultaron ser los disparadores directos que llevaron a Ocampo a elevar su rol de “dueña de casa” como solía llamarse a sí misma, para transformarse en fundadora y directora de la revista que marcaría fuertemente el campo cultural argentino.

Victoria Ocampo nació el 7 de abril de 1890 en Buenos Aires, en el seno de una familia perteneciente a la élite porteña. Recibió una educación privada y cosmopolita que, desde temprano, la vinculó con la literatura y las lenguas extranjeras, en particular el francés y el inglés, idiomas en los que llegó a expresarse con mayor soltura que en su lengua materna. Durante su juventud, realizó frecuentes viajes a Europa, experiencia que resultó decisiva en la construcción de su sensibilidad estética y en la conformación de una red de vínculos personales con escritores y artistas de primera línea, entre ellos Rabindranath Tagore, Virginia Woolf, André Malraux y, más tarde, Albert Camus.

En este marco, Ocampo puede ser leída no sólo como una figura intelectual, sino también como una mediadora cultural estratégica. Su pertenencia a la élite le otorgó acceso a circuitos internacionales de legitimación, mientras que su sensibilidad crítica la llevó a cuestionar los límites de ese mismo mundo del que formaba parte. Desde esta posición ambigua Ocampo asumió el rol de articuladora entre culturas, lenguas y tradiciones, convirtiendo esa experiencia personal en un proyecto colectivo a través de Sur.

Sur nace como una idea que es presentada a Victoria por su amigo y mentor, Waldo Frank, reconocido escritor y filósofo norteamericano a quien la joven argentina ya admiraba desde hacía tiempo, y con quien había establecido una relación de mutua admiración y respeto. Frank visitó la Argentina en 1929, y expuso en su conferencia un proyecto cultural ambicioso: la construcción de un diálogo profundo entre las Américas que trascendiera las jerarquías tradicionales entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Su visión, asentada en un americanismo idealista, sostenía que el continente poseía una unidad espiritual y un destino común, capaz de renovar la cultura occidental que se veía desmejorada tras la crisis europea de entreguerras. Este planteo impactó de manera decisiva en varios perfiles de la élite intelectual argentina, pero particularmente despertó el interés de Victoria Ocampo.

Frank concebía a América como el escenario de una misión histórica y cultural inédita. Frente a una Europa que consideraba exhausta, corroída por el nacionalismo y las tensiones que la conducirían a nuevos conflictos bélicos, América se presentaba como un espacio vital, joven y renovador. Su optimismo no residía en ignorar los conflictos sociales o la violencia política, sino en afirmar que, a pesar de esas fracturas, el continente albergaba una energía espiritual capaz de reorientar el curso de la civilización occidental.

Sorprendida por el interés que demostraba Frank sobre el plano cultural de Latinoamérica, Victoria se posiciona como la persona ideal para llevar adelante la idea de una revista que se dedicara a indagar dentro de la escena cultural latina, y facilitara espacios de diálogo intercontinental, acercando el viejo mundo de las Europas con este nuevo y prometedor renacimiento de una América que quería hacerse escuchar y ser embajadora de su propia cultura, aun cuando no estuviera tan claro cuál era.

Bajo esta premisa, Victoria Ocampo comenzó a trabajar en el que sería el proyecto de su vida. Fundó Sur con el objetivo de que funcionara como un puente entre las culturas del continente, un lugar donde las voces latinoamericanas y sus inquietudes artísticas se hicieran sentir con fuerza, tanto en el ámbito local como internacional. La carta que Ocampo le escribió a Frank, y que marca el inicio de su proyecto, revela su deseo de construir un espacio que no solo hablara de la cultura argentina, sino que se abriera al resto del continente. Ella visualizaba un lugar donde los artistas americanos pudieran compartir y discutir sus trabajos, sus preocupaciones y su visión del mundo, al mismo tiempo que se fortalecía una identidad cultural compartida. En palabras de Frank:

“Los únicos que pueden crear América son los artistas, y sólo en la medida en que los artistas hayan creado a América puede experimentarla y apreciarla. Éste es, a mi modo de ver, el objetivo último: llegar a una América que sea realizada, vivida y amada por un gran número de americanos.” (Bordelois, I. (2023). Victoria: paredón y después. Libros del Zorzal.)

La revista, desde sus primeras palabras, se propuso como un espacio de gestación intelectual y estética capaz de pensar —y de alguna manera, de crear— una identidad americana desde una perspectiva autónoma, reflexiva y crítica. En un momento en que los proyectos políticos buscaban adaptar modelos extranjeros a la realidad nacional y fracasaban ante el avance del autoritarismo, Sur ofrecía un lugar alternativo desde donde imaginar América. Frente a la ruptura institucional provocada por el golpe de 1930, y en un continente sacudido por crisis económicas y democráticas, la revista se erige como una respuesta cultural a ese vacío político: un intento por fundar sentido, articular pensamiento y promover una América “realizada, vivida y amada”, como deseaba Frank. Así, la creación a la que él aludía no era sólo una utopía, sino una tarea concreta que Sur asumió como propia desde su primera edición.

A partir de esta premisa, resulta necesario explorar cómo Sur encarnó en la práctica este proyecto de creación cultural. La revista no sólo funcionó como un espacio editorial, sino también como un punto de confluencia entre distintas voces del pensamiento argentino y europeo. Victoria Ocampo, como figura central, articuló una red de colaboradores —entre ellos Borges, Mallea, Bioy Casares, Ortega y Gasset, entre otros— que hicieron de Sur una plataforma crítica desde la cual repensar la modernidad, el arte, el rol de la mujer y los dilemas identitarios de América Latina.

Sur no es un fenómeno solitario, por el contrario, es un actor más de las decenas de escritores latinoamericanos que tomaron renombre durante el “boom latinoamericano”. Los escritores y artistas de Latinoamérica cobraron mayor relevancia internacional durante estos años, en los cuales sus obras comenzaron a ser comercializadas en otras partes del mundo, sobre todo en Europa, y fueron reconocidas por su excelencia y estilo propio. Es la época de ilustres artistas que se transformaron en estandarte de cultura e identidad nacional: los ya mencionados Jorge Luis Borges, Cortázar, Bioy Casares, las propias hermanas Ocampo, entre muchos otros.

Sur, que desde su concepción es, ante todo, un producto latinoamericano, fue uno de los medios donde se desplegaron los talentos de estos numerosos artistas. Cumpliendo con su propósito, fue un

verdadero escenario y cuna de talento local. El propio Borges, en un homenaje que se realizó en honor a Victoria luego de su fallecimiento, le dedicó las siguientes palabras:

“El recuerdo de Victoria Ocampo me acompañará siempre. Yo no era nadie, yo era un muchacho desconocido en Buenos Aires, Victoria Ocampo fundó la revista Sur y me llamó, para mi gran sorpresa, a ser uno de los socios fundadores. En aquel tiempo yo no existía, la gente no me veía a mí como Jorge Luis Borges, me veía como hijo de Leonor Acevedo, como hijo del Dr. Borges, como nieto del coronel, etc. Pero ella me vio a mí, ella me distinguió cuándo casi no era nadie, cuando yo empezaba a ser el que soy si es que soy alguien todavía, porque a veces tengo mis dudas, a veces creo que soy una superstición de ustedes y ustedes me han inventado, sobre todo Francia me ha inventado. Yo era el hombre invisible de Wells en Buenos Aires y luego recibí aquel premio internacional. Bueno, ahí votó por mí Roger Caillois y entonces empezaron a verme en Buenos Aires, se dieron cuenta que yo estaba allí y todo eso lo debo también a Victoria Ocampo.” (Discurso pronunciado en la sede central de la Unesco el 15 de mayo de 1979).

En este mismo discurso, Borges hace alusión a lo que él cataloga como el espíritu cosmopolita de Ocampo. La llama una “ciudadana del mundo”, destacando su vocación a ser sensible a todos los países y todas las épocas. Resulta una caracterización con la que aquellos que se han dedicado a investigar y escribir sobre Victoria y su trabajo están de acuerdo.

El cosmopolitismo que caracterizó a Victoria y, inevitablemente, a Sur no implicó una negación de la identidad nacional, sino una estrategia particular para pensarla. En lugar de oponer lo nacional a lo extranjero, la revista sostuvo que la cultura argentina sólo podía definirse plenamente en relación con otras tradiciones. Así, el diálogo con Europa y con América del Norte no era una forma de dependencia cultural, sino una herramienta para construir una voz propia capaz de reconocerse en la diferencia.

No cabe lugar a dudas de que Ocampo mantuvo una marcada devoción por Europa y su cultura durante toda su vida; pero más aún durante los años fundacionales de Sur. Mas adelante manifestó también un gran interés por la cultura oriental. Se sintió especialmente interpelada por las tradiciones espirituales y filosóficas de Oriente, especialmente aquellas correspondientes al hinduismo y el budismo, que interpretó como vías de acceso a un horizonte de interioridad y trascendencia ausente en el racionalismo europeo. Este interés se transformó en una dimensión estructural de su pensamiento tras su encuentro con Rabindranath Tagore en 1924.

La visita del poeta y ganadora del Premio Nobel de Literatura operó para Ocampo como una revelación estética y espiritual. Durante la estadía de Tagore en Buenos Aires, que ella misma facilitó y acompañó incluso en los periodos de enfermedad del escritor, se consolidó una relación de profunda afinidad intelectual. Tagore no solo le dedicó poemas y correspondencia, sino que abrió para Ocampo una comprensión más compleja del pensamiento oriental, marcada por la sensibilidad poética, la búsqueda metafísica y la crítica al modelo civilizatorio occidental. Esta experiencia tuvo un

efecto perdurable en su vida cultural, orientando sus propias reflexiones sobre la crisis del espíritu europeo y la necesidad de ampliar el horizonte cosmopolita argentino.

Son estas experiencias personales las que impactarían rotundamente en el espíritu fundacional de Sur, que se consagró como un espacio común en el que se abrió las puertas de par en par hacia el pluralismo intelectual. Como recuerda Sábato en sus memorias: “En Sur escribieron comunistas como Sartre, anarquistas como Campus y Herbert Read, católicos progresistas como Graham Green, católicos socialistas como Emmanuel Mounier; y que en su comité participaba una comunista militante como María Rosa Oliver” (*Antes del fin*, Barcelona, 1999. Pp. 80-81)

Desde una perspectiva más amplia, Sur puede ser entendida como un actor central en la configuración del campo cultural argentino del siglo XX. Su autoridad simbólica no se construyó únicamente a partir de la calidad de sus colaboradores, sino también de su capacidad para establecer criterios de legitimación estética e intelectual. Publicar en Sur implicaba ingresar a un circuito de consagración que excedía el ámbito nacional y conectaba a los autores con redes culturales transatlánticas.

Los románticos primeros años

En su primera edición, Sur publica una revista de calidad excepcional, tanto en sus contenidos como en su gráfica. Con 199 páginas y un plan de tirada trimestral Sur publicó sus primeros 4.000 ejemplares en librerías selectas de Latinoamérica, París y Madrid. Sigue a la “Carta a Waldo Frank” que se mencionó anteriormente, una crónica del propio Frank acerca de su paso por los bosques de Brasil.

Tuvo también su primera aparición el periodista y novelista francés Drieu La Rochelle, quién dedicó a la revista estas palabras:

“(..) que la Argentina se ignore a sí misma como una joven que todavía no ha oído su nombre expresado por su amante en el transporte del amor. No llevéis demasiado pronto la mano a vuestro tesoro. No digáis demasiado pronto: esto es argentino, esto no lo es.

Dejad que todos los vientos del mundo atraviesen vuestra pampa; los granos que ella admita darán plantas argentinas, pero no les pongáis una etiqueta. Somos los extranjeros los que diremos: esto es argentino, esto viene de ese Sur.

Vosotros pensáis en argentinos porque no podéis hacer de otro modo, pero ante todo habéis sido hombres que se encontraron en alguna parte del mundo y que fundaron una casa para cantar allí su canto; y a esta casa, la llamáis Sur.” (Sur, pp. 62)

Sus palabras iluminan de manera precisa el clima intelectual que rodeó el nacimiento de la revista. Su intervención es la manifestación de una mirada europea que observa a la Argentina como una cultura en formación, aún “joven” y en búsqueda de su voz. El llamado de Drieu —“no llevéis

demasiado pronto la mano a vuestro tesoro”— funciona como advertencia contra la tentación de fijar de inmediato una esencia nacional. En lugar de apresurarse a etiquetar lo “argentino”, propone permitir que la identidad se configure en diálogo con los “vientos del mundo”.

En estas palabras, Drieu logró comprender y manifestar el americanismo cosmopolita que caracterizó a Sur: una propuesta que rechazaba tanto el folclorismo identitario como la dependencia cultural, y que buscaba que la voz americana se definiera en un diálogo horizontal con la cultura europea.

En este contexto, la identidad nacional no se presentó a los intelectuales de la época como una respuesta disponible, sino como una pregunta persistente. Para los intelectuales vinculados a Sur, el problema no consistía en definir qué era la Argentina, sino en interrogar cómo había llegado a ser lo que era y qué posibilidades se abrían hacia el futuro. La identidad, entendida en estos términos, dejaba de ser una esencia heredada para convertirse en una construcción histórica, atravesada por conflictos, desplazamientos y negociaciones simbólicas.

En el marco de la primera edición, la intervención de Drieu cumplió la función de situar a Sur en ese espacio transatlántico donde la identidad argentina se pensaba como proyecto abierto, en proceso, en interacción con el mundo.

El americanismo idealista de Frank les permitió a todos los allegados a Sur pensar que la legitimidad cultural no debía descender únicamente desde Europa hacia el sur, sino que América Latina podía y debía imaginarse a sí misma como interlocutora plena dentro del campo cultural internacional. En esa clave, la fundación de Sur puede leerse como un proyecto doble: por un lado, insertar la cultura argentina en un circuito cosmopolita, y por otro, hacerlo desde una conciencia renovada acerca del valor de lo propio.

En este sentido, Sur puede ser leída como un verdadero laboratorio de identidad nacional. A través de ensayos, traducciones, reseñas y debates, la revista ensayó distintas formas de pensar lo argentino sin clausurarlo en una definición única. Cada número funcionaba como un espacio de experimentación simbólica, donde la identidad se ponía en juego, se discutía y se reformulaba constantemente.

En sus primeros años, Sur encarnó precisamente esa tensión creativa. La revista se proponía mantener una apertura hacia las corrientes intelectuales europeas, pero sin renunciar al impulso americanista que Frank había despertado. El entusiasmo inicial por América constituía un gesto afirmativo: la convicción de que el continente poseía una voz espiritual distinta y aún no explorada. Sin embargo, los acontecimientos que comenzaron a desarrollarse en Europa hacia fines de la década de 1930 —el ascenso de los totalitarismos, la guerra civil española, el progresivo derrumbe del humanismo liberal— obligaron a Sur a reorientar su mirada. La atención que pretendía mantenerse en América resultó momentáneamente insostenible frente al horror europeo, que demandaba una respuesta ética e intelectual urgente.

No obstante, el legado del americanismo optimista permaneció como una marca indeleble. La propuesta de Waldo Frank había ofrecido a Ocampo y a su entorno una plataforma desde la cual pensar la identidad cultural argentina en clave de interlocución transatlántica, ya no subordinada sino creativa y crítica. Así, aunque Sur se viera forzada a volver la vista hacia Europa, lo hizo desde una posición distinta: con la conciencia de que América tenía algo que decir, algo que aportar y, sobre todo, un lugar propio desde el cual pensar el mundo.

Los límites de la neutralidad: Sur ante el totalitarismo

Al ingresar en los últimos años de la década del treinta, el grupo de intelectuales que sostenía la revista se vio confrontado con uno de sus pilares iniciales: la abstención frente a la política manifiesta. Durante sus primeros años, Sur había logrado mantener una postura deliberadamente ambigua respecto de los hechos políticos concretos, limitando sus intervenciones al plano ético y moral, sin involucrarse de lleno en los debates ideológicos de actualidad.

La neutralidad que Sur sostuvo en sus primeros años no debe interpretarse como una ausencia de posicionamiento, sino como una forma específica de intervención intelectual. Al privilegiar una ética del humanismo liberal y de la libertad de pensamiento, la revista apostó inicialmente por un espacio de reflexión que se situaba por encima de las coyunturas partidarias. Sin embargo, esta postura revelaría pronto sus límites frente a contextos históricos en los que el silencio o la ambigüedad podían convertirse en formas de complicidad.

El avance simultáneo de totalitarismos de derecha e izquierda en Europa volvió insostenible esa neutralidad inicial. Ante la amenaza que estos regímenes representaban, el grupo se vio obligado a adoptar un posicionamiento explícito, en defensa de los valores que constituían la razón misma de su existencia intelectual y moral.

Es así como, frente al avance del Nazismo y el estallido de la segunda guerra mundial, Sur tomó su primera posición política (partidaria) manifiesta. Durante los años en los que Europa se vio atormentada por Hitler, Sur dedicó numerosas páginas de sus ediciones a atender al espíritu “racista” de Alemania, denunciando el trato que cayó sobre el pueblo judío.

En enero 1940, la revista abre con un ensayo de Paul Valéry sobre el racismo:

“Si hay razas, y si puede hablarse de pureza en materia de raza, está claro que mientras mas pura sea una raza, más semejantes serán entre sí los individuos que la componen. Pero la similitud de los individuos acarrea la pasividad, la sumisión maciza, la imposibilidad de reaccionar aisladamente, y la credulidad: su consecuencia fatal, el fundamento necesario, a mi juicio, de los cálculos y empresas mas detestables.”

En marzo del mismo año, la propia Victoria dedica unas palabras acerca de como percibía el desarrollo de la Guerra desde su casa en Mar del Plata, crítica no únicamente con Hitler, sino

también con Inglaterra, por su facilidad para invocar la bondad divina sobre su propia nación, pero no para impartirla y respetarla en su relación con los otros.

Para Sur, posicionarse del lado de los Aliados, significó definir límites en cuanto a aquello que podía verse incluido dentro del abanico de la “pluralidad de ideas”. Aquellos intelectuales que manifestaron posiciones favorables hacia el autoritarismo y el absolutismo se vieron apartados de las páginas de la revista.

El posicionamiento de Sur frente al totalitarismo puso en evidencia que la identidad cultural que la revista buscaba construir no era verdaderamente neutra. Defender una idea de Argentina y de América implicaba también defender ciertos valores —la libertad intelectual, el humanismo, el rechazo al racismo— como componentes constitutivos de esa identidad. De este modo, la cuestión nacional se desplazó del terreno puramente cultural al ético, estableciendo límites claros a aquello que podía ser integrado bajo el signo del pluralismo.

Drieu La Rochelle, mencionado anteriormente por su contribución en la primera edición de Sur, fue uno de los colaboradores que se vio apartado de la revista. Según Drieu, Europa atravesaba una decadencia profunda con los signos de una civilización agotada, incapaz de producir sentido colectivo. Esta percepción lo acercó, en un primer momento, a intelectuales que compartían el diagnóstico de crisis y lo volvió atractivo para revistas como Sur, interesadas en comprender el malestar europeo.

En este punto, Drieu funcionaba como un testigo privilegiado del derrumbe del humanismo europeo, una voz que expresaba el desencanto de una generación marcada por la Primera Guerra Mundial.

En los primeros años de Sur, la revista publicó textos suyos como parte de su proyecto de interlocución directa con Europa, convencida de que incluso las voces más críticas debían ser escuchadas para comprender la gravedad del momento histórico. Sin embargo, el vínculo nunca fue del todo armónico. Mientras Ocampo y el núcleo de Sur sostenían una defensa del humanismo liberal y la libertad intelectual, Drieu avanzaba hacia una concepción de la política fundada en la fuerza y la adhesión a los regímenes totalitarios.

El punto de quiebre se produjo cuando Drieu dejó de ser simplemente un crítico del liberalismo para convertirse en un intelectual comprometido con el fascismo, primero con simpatías por el modelo italiano y luego con su colaboración directa con el régimen nazi durante la ocupación alemana de Francia.

Este desplazamiento reveló el límite del diálogo que Sur estaba dispuesta a sostener: una cosa era analizar la crisis europea; otra, legitimar una respuesta autoritaria frente a ella. En ese sentido, Drieu pasó de ser una figura de interés intelectual a encarnar exactamente aquello contra lo cual Sur terminaría posicionándose de manera explícita.

La presencia y consecuente exclusión de Drieu La Rochelle permite observar con nitidez los límites éticos del cosmopolitismo de la revista. Sur aspiraba a ser un espacio de diálogo amplio, pero no neutral: cuando la crisis europea se tradujo en adhesión al totalitarismo, ese diálogo se volvió imposible, y Drieu fue excluido de la lista de intelectuales que escribían habitualmente para Sur.

El giro político que Sur asumió ante el avance del totalitarismo no significó una renuncia a su proyecto cultural, sino una redefinición de sus fundamentos éticos. La defensa de la libertad intelectual, del pluralismo y del humanismo se volvió inseparable de una toma de posición concreta frente a los regímenes que negaban esos valores. De este modo, la revista consolidó una identidad propia: la de un espacio cosmopolita, crítico y comprometido, que entendía la cultura no como refugio estético, sino como una forma activa de intervención en la historia.

Capítulo III: Opinión pública, agenda y poder

Sur en el marco de las teorías de la influencia mediática

Al momento de su fundación en 1931, la revista *Sur* emergió en un contexto en el que las discusiones sobre la influencia de los medios de comunicación sobre la opinión pública estaban fuertemente marcadas por la llamada teoría de la aguja hipodérmica. Esta concepción dominante sostenía que los medios ejercían una influencia directa, inmediata y homogénea sobre audiencias concebidas como pasivas y vulnerables. Bajo este supuesto, los mensajes mediáticos penetraban sin mediaciones en la conciencia de los receptores, moldeando actitudes y comportamientos.

Sin embargo, ya en 1923, Edward Bernays había propuesto en *Crystallizing Public Opinion* una lectura más compleja del fenómeno. Para Bernays, la opinión pública no era el resultado de una transmisión directa de mensajes hacia una masa indiferenciada, sino el producto de un proceso activo de construcción simbólica en el que los líderes de opinión y las instituciones mediáticas y culturales cumplían un rol central. En su perspectiva, la influencia no operaba sobre todos por igual, sino que se canalizaba a través de grupos organizados y figuras con autoridad reconocida, quienes a su vez transmitían marcos interpretativos hacia públicos más amplios. Esta concepción anticipaba, en términos prácticos, lo que la investigación académica posterior confirmaría de manera empírica.

Unos años más tarde, los estudios empíricos desarrollados por Paul Lazarsfeld en la década de 1940 acabaron con la idea de efectos directos y homogéneos, al demostrar que la influencia de los medios se encontraba mediada por variables sociales como la pertenencia grupal, el liderazgo de opinión y las predisposiciones previas de los individuos. Estos hallazgos dieron lugar a la denominada "ley de las mínimas consecuencias", según la cual los medios tienden más a reforzar actitudes ya existentes que a producir cambios radicales en las opiniones. De este modo, la influencia mediática dejó de pensarse como un proceso automático y mecánico para entenderse como una dinámica mediada, y socialmente condicionada.

En este marco, la noción de opinión pública no puede pensarse como un resultado directo de la emisión mediática, sino como un proceso dinámico. Tal como plantea Irving Crespi, la opinión pública debe entenderse como "un proceso interactivo que involucra la expresión, la percepción y la respuesta a opiniones en un contexto social determinado" (Crespi, 1997, p. 4). Esta definición resulta central para el análisis de *Sur*, ya que permite comprender su intervención no como un intento de "inyectar" ideas en una masa indiferenciada, sino como una participación activa en un campo de disputas simbólicas. En consonancia con esta perspectiva, Crespi subraya que la opinión pública no puede reducirse a una simple agregación de respuestas individuales: "La opinión pública no es un estado de consenso sino un proceso que se desarrolla en contextos de conflicto" (Crespi, 1997, p. 12). Esta concepción procesual implica reconocer que los medios interactúan con predisposiciones previas, creencias consolidadas y marcos interpretativos ya existentes.

Este giro teórico resulta particularmente relevante para pensar el caso de Sur. Lejos de aspirar a convertirse en un medio masivo, la revista se orientó deliberadamente hacia un público de élite intelectual. Esta decisión editorial no solo respondía a una concepción cultural jerárquica, sino que también operaba bajo el supuesto que tanto Bernays como Lazarsfeld, desde lugares diferentes, habían señalado: la influencia sobre la opinión pública se ejerce más eficazmente a través de quienes tienen capacidad de irradiar marcos interpretativos hacia otros. Bernays lo formulaba en términos de grupos organizados y líderes de opinión; Lazarsfeld lo demostraría empíricamente con su modelo de comunicación en dos pasos. En ambos casos, la lógica es la misma: no es necesario llegar a todos para incidir en el debate público, sino llegar a quienes tienen la capacidad de estructurarlo.

A partir de este marco teórico, el este análisis del caso de Sur se retoman las herramientas propuestas por Natalia Aruguete en *El poder de la agenda política*, especialmente el enfoque de agenda setting. Este modelo resulta útil porque permite analizar de manera concreta cómo un medio construye relevancia: qué temas prioriza, cómo los presenta y de qué manera los vincula entre sí. En lugar de pensar la influencia como un efecto directo sobre una audiencia pasiva, el agenda setting ofrece categorías que permiten estudiar la intervención de un medio como parte de un proceso más amplio de construcción de sentido en el espacio público.

En términos metodológicos, el trabajo parte de los tres niveles que Aruguete identifica en el desarrollo del agenda setting. En primer lugar, se consideran los temas u objetos que la revista prioriza en determinados momentos históricos, atendiendo a su recurrencia, centralidad y jerarquización. Este primer nivel responde al planteo clásico del modelo, según el cual los medios inciden en la agenda pública al otorgar mayor visibilidad a ciertos asuntos por encima de otros. En el caso de Sur, esto supone identificar qué problemáticas adquieren densidad a lo largo del tiempo, como el franquismo, la Segunda Guerra Mundial, la defensa del liberalismo o la crítica a la cultura de masas, y cómo esa selección contribuye a delimitar un horizonte de debate legítimo.

En segundo lugar, el análisis incorpora el nivel atributivo. Tal como sostiene Aruguete, el segundo nivel del agenda setting no se limita a señalar qué temas son relevantes, sino que examina los atributos que los medios destacan al abordarlos (Aruguete, 2015). Esto implica preguntarse no solo por la presencia de un tópico, sino por el modo en que es definido. En el caso de Sur, esta dimensión resulta central para comprender cómo determinados procesos políticos —como el franquismo— son encuadrados a partir de atributos específicos, enfatizando su carácter autoritario, su dimensión reaccionaria o su oposición a valores democráticos. La selección de autores, la traducción de ciertos ensayos y la reiteración de determinadas claves interpretativas funcionan, en este sentido, como operaciones de encuadre que orientan la lectura posible de los acontecimientos.

Sin embargo, el modelo que mejor permite dar cuenta del funcionamiento de Sur es el tercer desarrollo del enfoque: el denominado Network Agenda Setting Model. Según explica Aruguete, este modelo postula que los medios no solo transfieren la relevancia de temas y atributos de manera aislada, sino que también trasladan a la agenda pública las asociaciones que establecen entre ellos

(Aruguete, 2015). Lo que se pone en circulación no es únicamente la importancia de un asunto, sino la red de conexiones que lo vincula con otros objetos y atributos.

Desde esta perspectiva, Ise plantea que Sur opera principalmente bajo esta lógica en red. La revista no interviene a través de temas fragmentarios ni coyunturales, sino mediante una constelación relativamente estable de asociaciones: liberalismo, antifascismo, europeísmo, defensa de la alta cultura y crítica a la masificación cultural. Estos elementos no aparecen como temas aislados, sino articulados entre sí, conformando un entramado coherente que estructura la interpretación de la coyuntura política y cultural, tanto de quienes escriben como de quienes leen.

Esto implica que el análisis no se limita a registrar la frecuencia de aparición de determinados tópicos, sino que busca reconstruir las conexiones sistemáticas entre ellos: la co-presencia de ciertos conceptos en un mismo número, la reiteración de determinados marcos interpretativos y la persistencia de asociaciones a lo largo del tiempo. En lugar de medir efectos directos sobre una audiencia masiva —algo que, además, no se corresponde con el proyecto editorial de la revista—, el objetivo es identificar la red de significados que Sur consolida y reproduce dentro de su esfera de influencia.

Esta elección metodológica se vincula, además, con el carácter deliberadamente elitista de la publicación. Sur no se propuso disputar la masividad ni intervenir en el mercado cultural en términos cuantitativos. Por el contrario, se orientó hacia un público intelectual específico, lo que refuerza la idea de que su incidencia debe pensarse en términos de estructuración simbólica más que de alcance numérico. En este sentido, su lógica de intervención resulta más coherente con el modelo de agenda setting en red que con el paradigma de efectos directos o incluso con una lectura restringida al primer nivel del agenda setting.

En lo que sigue, el análisis se concentrará en reconstruir esas redes de asociaciones en momentos históricos concretos —especialmente durante el franquismo y la Segunda Guerra Mundial— con el fin de evaluar de qué modo Sur contribuyó a organizar marcos interpretativos dentro del campo intelectual argentino.

Redes de asociación y organización del debate público en Sur

A diferencia del segundo nivel de la agenda setting, que se centra en la relevancia de los atributos que caracterizan a un objeto, el modelo de agenda setting en red propone un desplazamiento analítico hacia la estructura relacional de la agenda mediática. Tal como sostiene Natalia Aruguete en *El poder de la agenda política*, la influencia no se limita a destacar determinados rasgos de un actor o acontecimiento, sino que opera a través de la configuración de redes de asociaciones entre objetos y atributos. En este enfoque, los elementos de la agenda funcionan como nodos interconectados cuya centralidad depende de la intensidad y frecuencia de sus vínculos con otros nodos. Lo que se transfiere, entonces, no es únicamente la importancia de temas o características aisladas, sino la importancia de las relaciones que los articulan en una estructura significativa más amplia. De este

modo, la agenda mediática no sólo organiza qué pensar ni cómo pensar sobre un objeto específico, sino cómo vincular ese objeto con otros dentro de un entramado de sentido.

A partir de este encuadre, el análisis se orienta a reconstruir las redes de asociaciones que Sur puso en circulación en coyunturas históricas específicas. El objetivo no es únicamente identificar qué posición adoptó la revista frente a determinados acontecimientos, sino examinar cómo articuló objetos, actores y valores en configuraciones relacionales que contribuyeron a estructurar el debate público. En este sentido, se indaga de qué manera ciertos núcleos temáticos adquirieron centralidad en función de sus vínculos con otros elementos del discurso, configurando marcos interpretativos que exceden la mera caracterización de hechos aislados.

El primer momento en el que esta dinámica puede observarse con claridad es el del franquismo, en el marco de la Guerra Civil Española y los años iniciales de consolidación del régimen. En ese contexto, Sur no sólo tomó posición frente al conflicto, sino que organizó una serie de asociaciones que excedían el acontecimiento inmediato. El franquismo apareció vinculado a nociones como tradición, catolicismo, orden social y herencia hispánica, pero también en tensión con ideas de liberalismo, autonomía intelectual y modernidad cultural.

Lo relevante, desde la perspectiva de la agenda setting en red, es que estos elementos no funcionaron de manera aislada. La revista fue configurando un entramado en el que el conflicto español se articulaba con debates más amplios sobre el destino de Europa, el papel de los intelectuales y la defensa de ciertos valores culturales. De este modo, el franquismo dejó de ser un hecho externo para convertirse en un nodo dentro de una red más amplia que contribuía a organizar el debate público argentino en torno a la relación entre tradición y modernidad, autoridad y libertad, cultura y política.

Desde el punto de vista metodológico, la reconstrucción de estas redes se basará en el análisis de los números de Sur publicados durante los años de la Guerra Civil Española y los comienzos del régimen franquista. Se trabajará principalmente con editoriales, ensayos vinculados al conflicto español, intervenciones de autores frecuentes en la revista y traducciones que dialoguen con ese contexto, ya que estos textos permiten observar con mayor claridad las posiciones asumidas por Sur. Además, se tendrá en cuenta la aparición conjunta de ciertos temas y nociones dentro de un mismo artículo o número, así como la repetición de determinadas asociaciones a lo largo del tiempo. Esto permitirá identificar no sólo qué cuestiones ocuparon un lugar importante en la agenda de la revista, sino también cómo fueron relacionadas entre sí, contribuyendo a organizar el debate público argentino en torno al conflicto español y sus implicancias ideológicas.

Un primer núcleo de estas asociaciones puede observarse en la manera en que Sur vinculó el conflicto español con la defensa de la civilización y la cultura. En diversos artículos publicados durante la Guerra Civil Española, la revista no presentó la contienda como un enfrentamiento exclusivamente político, sino como una crisis que comprometía valores culturales más amplios. De

este modo, el conflicto fue inscripto en una red que articulaba España, tradición europea, responsabilidad intelectual y preservación de ciertos principios considerados fundamentales.

Un ejemplo temprano de esta lógica de articulación puede observarse en el número 35 de *Sur* (1937), donde la revista responde a una publicación católica que la había calificado como “francamente de izquierda”. Lejos de asumir una identidad partidaria, el texto construye una red de asociaciones en la que cristianismo, tradición democrática y defensa del espíritu aparecen estrechamente vinculados. La revista sostiene que sólo interviene cuando “los principios cristianos” o “los fundamentos mismos del espíritu” se ven amenazados por la política, y afirma querer continuar en “la tradición profunda de nuestro país”, definida explícitamente como democrática. A su vez, reivindica una Iglesia “sin excesiva sumisión a los poderes temporales” y se declara “contra todas las dictaduras” y persecuciones. De este modo, no se limita a adoptar una posición frente a un régimen particular, sino que organiza un entramado en el que democracia, espiritualidad y autonomía del clero se oponen estructuralmente a dictadura, persecución y subordinación al poder político.

En el mismo número, se publicó un ensayo de Rafael Pividal titulado “Católicos fascistas y católicos personalistas”, donde aborda las tensiones internas del campo católico frente a la Guerra Civil Española. El texto toma como referencia las posiciones de Jacques Maritain y se detiene en la polémica suscitada por su intervención pública sobre el conflicto español. A partir de ese debate, Pividal distingue entre dos actitudes posibles dentro del catolicismo: una que tiende a identificar la defensa de la fe con determinadas opciones políticas, en particular con la política de Franco, y otra que sostiene la primacía de los principios religiosos por encima de cualquier alineamiento nacional o partidario.

El ensayo desarrolla esta distinción señalando que la fidelidad al cristianismo no puede reducirse a la adhesión a un proyecto estatal ni justificarse en nombre de un proyecto político soportado exclusivamente por la fuerza. En este marco, la guerra española es presentada como un acontecimiento que debe ser juzgado desde una perspectiva moral e histórica. La reflexión de Pividal se inscribe en un debate más general sobre la relación entre religión, política y responsabilidad intelectual en la Europa de la década de 1930.

Más allá de su dimensión polémica, el ensayo permite observar una operación discursiva más amplia. La distinción entre “católicos fascistas” y “católicos personalistas” no sólo clasifica posiciones dentro del campo religioso, sino que reorganiza las relaciones posibles entre religión y política. Al cuestionar la identificación entre la política de Franco y la causa del cristianismo, el texto desarma una asociación que circulaba con fuerza en el contexto de la Guerra Civil Española y propone una jerarquía alternativa de principios, en la que la primacía de Dios y de la conciencia moral se sitúa por encima de la nación, la clase o cualquier proyecto estatal.

Lo que se pone en juego no es únicamente una toma de posición frente a un régimen determinado, sino la delimitación de los vínculos legítimos entre catolicismo, autoridad política y juicio moral. Es en esa rearticulación donde puede advertirse con mayor claridad la lógica de agenda setting en red: la

revista no se limita a destacar ciertos atributos del conflicto, sino que interviene en la configuración de las asociaciones que estructuran su interpretación dentro del debate público argentino.

En el contexto de la Guerra Civil Española, una asociación dominante dentro del campo católico era:

Catolicismo → defensa del orden → política de Franco

Pividal lo asienta explícitamente cuando denuncia

“la confusión hecha por tantos católicos entre la política de Franco y la causa de Jesucristo”.

En esas líneas el texto identifica una conexión establecida anteriormente en la opinión pública: Franco y su causa están directamente vinculados con la Iglesia católica, y en consecuencia, su accionar responde y defiende valores cristianos.

Desde la perspectiva de Aruguete, esto no sería simplemente la atribución de un rasgo, sino la conexión entre objetos que tienden a activarse conjuntamente en la mente pública. La política de Franco queda enlazada simbólicamente con la defensa de la fe.

El ensayo desarticula esa red mediante una crítica directa a la instrumentalización violenta de la fe. Afirmar: “Es un sarcasmo pretender que quien mata en nombre de Cristo pueda luego predicar el amor en nombre de Cristo. ¿Cómo no se ve que esta guerra ‘llevará a un paroxismo sin remedio el odio anticristiano’ y que ese odio se hará inexplicable?” (p. 96). Con esta formulación, la conexión entre Cristo y la guerra se vuelve insostenible. La violencia política deja de aparecer como defensa de la religión y pasa a ser presentada como su negación.

En términos de la agenda setting en red, lo que se observa en el ensayo de Pividal es una intervención en la estructura relacional del debate. Sur no se limita a destacar un atributo negativo del franquismo. Lo que hace es reorganizar las conexiones entre objetos centrales del conflicto: catolicismo, nación, autoridad, guerra, moral.

La intervención de Rafael Pividal en el número 35 no constituye un episodio aislado dentro de la trayectoria de Sur durante los años del conflicto español. El examen de los números publicados entre 1936 y 1939 muestra que la revista volvió en reiteradas oportunidades sobre la Guerra Civil Española, ya sea mediante ensayos, editoriales, reseñas o traducciones que retomaban el problema desde distintos ángulos. En ese marco, la posición crítica frente a la identificación entre catolicismo y política franquista se inscribe en una línea más amplia que tendía a asociar el autoritarismo con la instrumentalización de la religión y a vincular la defensa de la tradición cultural con valores democráticos y con la autonomía del campo intelectual.

Esta recurrencia permite sostener que no se trató de una reacción coyuntural frente a un episodio específico, sino de una configuración relativamente estable dentro de la agenda de la revista. En distintos registros y géneros, Sur articuló el conflicto español con categorías como civilización,

responsabilidad moral, libertad y juicio histórico, configurando una red de asociaciones que excede el acontecimiento inmediato y lo integra en una crisis más amplia de la cultura europea. En términos de la agenda setting en red, esta reiteración refuerza la idea de que la revista no sólo otorgó relevancia al tema, sino que contribuyó a estructurar las conexiones entre los objetos involucrados, delimitando así los marcos interpretativos disponibles en el debate público argentino.

Si bien no es posible establecer de manera directa el impacto del marco interpretativo propuesto por Sur sobre la opinión pública en sentido amplio, sí pueden identificarse indicios de su incidencia dentro del campo intelectual argentino. Las polémicas suscitadas por sus intervenciones, la recurrencia del debate en números sucesivos y la centralidad de sus colaboradores en la vida cultural de la época sugieren que la revista participó activamente en la estructuración de los términos en que el conflicto español fue discutido, al menos en el nicho dentro del cual se desarrolla la revista. En este sentido, más que medir efectos individuales de recepción, el análisis se orienta a reconstruir la capacidad de la publicación para intervenir en la configuración de las asociaciones que organizaron el debate público.

En el caso de Sur, su influencia no debe pensarse en términos de alcance cuantitativo sino de peso dentro del espacio cultural de la época. La revista se dirigía a un público letrado —escritores, académicos, periodistas y formadores de opinión—, es decir, a actores con capacidad de incidir en la circulación de ideas. En este marco, la operación de agenda setting en red no consiste necesariamente en modificar de manera inmediata la opinión de grandes audiencias, sino en intervenir en la configuración de las relaciones conceptuales disponibles para interpretar un acontecimiento.

La reiteración de asociaciones entre cristianismo, democracia, autonomía intelectual y crítica al autoritarismo, así como la desarticulación explícita entre religión y franquismo, muestran que Sur no sólo tematizó la Guerra Civil Española, sino que contribuyó a estructurar el modo en que ese conflicto podía ser pensado dentro del debate argentino. En este sentido, la influencia de la revista puede entenderse como una intervención en los marcos interpretativos que circularon en el campo cultural, más que como un efecto directo sobre la opinión pública en sentido amplio.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la red de asociaciones que Sur había comenzado a articular en torno al conflicto español se amplió y adquirió un alcance más general. La oposición entre religión instrumentalizada y autonomía espiritual dio lugar a una confrontación más abarcadora entre democracia y totalitarismo. Europa dejó de aparecer únicamente como escenario de una guerra civil para convertirse en símbolo de una crisis de civilización, donde estaban en juego la libertad, la dignidad de la persona y la supervivencia de ciertos valores culturales.

En este nuevo contexto, la revista reforzó la asociación entre democracia, cultura y responsabilidad intelectual, al tiempo que vinculó el totalitarismo con la supresión de la autonomía, la subordinación de la sociedad al Estado y la degradación del debate público. Esta configuración no sólo estructuró su lectura del conflicto europeo, sino que consolidó una matriz interpretativa que luego sería

reactivada frente a procesos políticos locales. La postura crítica que Sur adoptará ante el peronismo no puede entenderse como una reacción aislada, sino como la prolongación de una red conceptual previamente estabilizada, en la que toda forma de concentración del poder y de subordinación de la esfera cultural al aparato estatal era leída bajo la categoría más amplia de amenaza a la civilización democrática.

En este punto radica la pertinencia de la agenda setting en red como herramienta analítica: no se trata únicamente de identificar temas recurrentes, sino de reconstruir la arquitectura conceptual que organizó su sentido en el debate público letrado.

Capítulo IV: Sur frente al poder político

El posicionamiento de Sur a favor de los aliados en la segunda guerra mundial fue la primera manifestación política del grupo, pero no la única. Sur continuó expresando su defensa por los valores de la libertad y la democracia en aquellos casos en los que lo consideró necesario y oportuno.

Ocampo, que mantenía relaciones estrechas con destacadas personalidades de la escena cultural española, no tardó en expresar su oposición a los avances del franquismo. Este posicionamiento se configuró inicialmente durante la Guerra Civil española y se consolidó tras la instauración del franquismo, en el marco de una preocupación más amplia por el avance de los regímenes autoritarios en Europa.

Desde sus páginas, Sur manifestó una clara simpatía por la causa republicana, entendida no solo como una opción política, sino como la defensa de un horizonte de libertad intelectual y pluralismo cultural. La derrota de la República fue leída por el grupo de la revista como un acontecimiento trágico para la cultura occidental, en tanto implicaba la imposición de un orden que subordinaba la producción simbólica a un programa ideológico, religioso y nacionalista excluyente. En este sentido, el franquismo fue frecuentemente asociado a los fenómenos totalitarios que la revista denunciaba con insistencia a fines de la década de 1930.

Tras el triunfo de Franco, Sur se constituyó en un espacio de acogida y legitimación del exilio republicano español, dando visibilidad a escritores e intelectuales desplazados por el nuevo régimen. Esta política editorial no solo expresaba solidaridad, sino que también contribuyó a salvaguardar la producción simbólica de la oposición, garantizándole un espacio en el que presentar batalla y evitando que la censura del Franquismo impidiera su continuidad editorial. Frente a la España oficial del franquismo, Sur promovió la continuidad de una España intelectual alternativa, desvinculada del discurso de la “hispanidad” defendido por el régimen.

Desde una perspectiva de relaciones públicas, esta política editorial puede leerse como una decisión deliberada de posicionamiento institucional. Al dar visibilidad a los intelectuales del exilio republicano, Sur no solo expresaba una solidaridad cultural, sino que definía con precisión su identidad ante cada uno de sus públicos relevantes: se presentaba ante los intelectuales locales como garante de la autonomía del pensamiento, ante las redes internacionales como plataforma de resistencia cultural legítima, y ante los propios exiliados como espacio de continuidad simbólica frente a la ruptura impuesta por el régimen. Cada decisión editorial era, en este sentido, también una toma de posición institucional: la elección de a quién darle voz definía públicamente quién era Sur y qué valores estaba dispuesta a defender, aun a costa de tensiones con sectores del campo cultural argentino que miraban el conflicto español con mayor distancia o ambigüedad.

El rechazo al franquismo se inscribió, asimismo, en la defensa del cosmopolitismo liberal. La concepción franquista de la cultura —homogénea, católica y disciplinada— entraba en abierta

contradicción con la idea de autonomía intelectual sostenida por Sur, que concebía la creación artística como un ámbito irreducible a toda forma de control estatal o doctrinario.

La figura de Victoria Ocampo resultó central en la consolidación de este posicionamiento. Su compromiso con redes intelectuales antifascistas y su defensa pública de escritores perseguidos contribuyeron a definir una línea editorial claramente opuesta al régimen franquista. Desde esta perspectiva, el antifranquismo de Sur no constituyó una excepción, sino una manifestación coherente de su humanismo liberal y anti totalitario.

Sur, si bien expresa, indudablemente, una posición inherentemente partidaria al oponerse al franquismo, lo hace desde una resistencia simbólica y cultural. Mantiene en todo momento su esencia como revista literaria, orientada a preservar la libertad del pensamiento y la circulación internacional de ideas.

Esta experiencia con los totalitarismos europeos llevó al grupo a reflexionar sobre el rol del intelectual y los riesgos que comenzaban a dilucidarse a partir de la subordinación de los recursos artísticos a programas de propaganda política. En este sentido, la defensa de la libertad no se tradujo en una adhesión a la instrumentalización del arte, sino en una problematización de los límites entre compromiso y autonomía estética.

Durante la primera mitad del siglo XX, la propaganda política adquirió una centralidad inédita como herramienta de intervención sobre las masas. El desarrollo de los medios de comunicación de alcance masivo transformó radicalmente las formas de construcción del consenso político. La propaganda se convirtió en un dispositivo sistemático de producción de sentido, orientado a modelar percepciones, emociones y adhesiones colectivas.

Las experiencias de la Primera Guerra Mundial constituyeron un punto de inflexión: los Estados modernos descubrieron la eficacia de la propaganda como instrumento de movilización, legitimación y control social. A partir de entonces, su uso se institucionalizó y se perfeccionó, especialmente en contextos de crisis política, guerra o transformación social acelerada. En este marco, la propaganda comenzó a asociarse no solo a la difusión de ideas, sino a la organización de mitos políticos y narrativas identitarias.

En los regímenes totalitarios de entreguerras —el nazismo, el fascismo italiano, el franquismo y el estalinismo— la propaganda fue concebida como un componente estructural del poder. La producción artística y cultural fue progresivamente subordinada a objetivos ideológicos definidos por el Estado, eliminando cualquier producción que fuera opuesta a los intereses del régimen. La propaganda no se limitó a la transmisión de mensajes políticos explícitos, sino que penetró en los lenguajes estéticos, los géneros artísticos y las formas narrativas. El arte fue llamado a cumplir una función pedagógica y moralizadora, orientada a reforzar valores como la obediencia, el sacrificio, la nación o la fe. La censura y la promoción selectiva de obras formaron parte de un mismo dispositivo, en el que la creación artística perdía autonomía a cambio de eficacia política.

Para *Sur*, esta situación cargó al intelectual de una obligación moral, ética y política: defender la inteligencia. Mientras que la política buscaba someter a la cultura al servicio de sus intereses, los intelectuales, miembros de las elites selectas e ilustradas que se encontraban por encima del alcance de la comunicación de masas, debían asumir la tarea de salvaguardar los valores de la pluralidad, la inteligencia y la libertad, para evitar que la propaganda política arrasara con las construcciones simbólicas y culturales que se salían de su órbita.

Sur dedicó una edición completa a esta temática. En julio de 1938, se publicó un número especial encabezado por un texto de la propia Victoria, “Con Sarmiento”. Invocando a una de las figuras más relevantes de la política argentina, Sarmiento es presentado como emblema de una concepción de la cultura asociada al progreso, la educación y la libertad de pensamiento, valores que la revista opone a las formas contemporáneas de propaganda política y disciplinamiento ideológico.

Bajo este mismo eje temático, la edición recopiló un extenso número de ensayos con un mensaje unívoco: *Sur* propone una figura del intelectual como “guardián” de valores éticos universales, responsable de preservar la autonomía del pensamiento frente a las presiones del poder político. En esta concepción, el compromiso consiste menos en intervenir mediante consignas que en resistir los intentos de instrumentalización de la cultura.

La posición asumida por *Sur* en este número de 1938 no constituyó un gesto excepcional ni circunstancial, sino que se consolidó como uno de los principios rectores de la revista a lo largo de toda su trayectoria. La defensa de la libertad intelectual, la afirmación de la autonomía del arte y el rechazo a toda forma de subordinación de la cultura a fines propagandísticos se mantuvieron como constantes, aun cuando los contextos políticos y culturales fueron modificándose de manera significativa.

En las décadas siguientes, *Sur* reafirmó estos valores frente a escenarios diversos: la Segunda Guerra Mundial, el avance y la caída de los totalitarismos europeos y, progresivamente, el desplazamiento del eje de preocupación desde el plano internacional hacia el ámbito nacional. En todos estos casos, la revista sostuvo una concepción del rol del intelectual como guardián crítico, llamado a intervenir desde la cultura sin renunciar a su independencia frente al poder político.

Fue precisamente esta constelación de principios —entre otras cosas— la que estructuró, más adelante, la relación conflictiva de *Sur* con el peronismo. La irrupción del peronismo en la escena política argentina introdujo un nuevo tipo de desafío para la revista: ya no se trataba de regímenes totalitarios lejanos, sino de un movimiento de masas con fuerte presencia estatal en el campo cultural, que reconfiguró las formas de intervención intelectual y las disputas por el sentido.

En este nuevo contexto, las tensiones entre cultura y política, autonomía intelectual y propaganda ideológica adquirieron un nuevo significado y relevancia, obligando a *Sur* a repensar los principios que habían orientado su accionar desde sus orígenes.

La batalla cultural: oligarquía y peronismo

La irrupción del peronismo en la vida política argentina a mediados de la década de 1940 supuso una transformación profunda no solo del sistema institucional, sino también del campo cultural. A diferencia de los regímenes autoritarios europeos que habían ocupado previamente la atención de Sur, el peronismo emergió como un movimiento de masas de base popular, con una fuerte vocación de intervención en el plano simbólico y una concepción estratégica de la cultura como herramienta de construcción política.

Desde sus orígenes, el peronismo asignó a la cultura y a los medios de comunicación un rol central en la consolidación de su proyecto. La expansión de la radio, el cine, la prensa gráfica y los actos públicos fue acompañada por una política sistemática de producción y difusión de mensajes orientados a fortalecer la identificación entre el liderazgo, el Estado y los sectores populares. En este marco, la propaganda política no se limitó a la difusión de consignas partidarias, sino que se articuló con narrativas sobre la justicia social, la nación, el pueblo y el liderazgo carismático, configurando un imaginario político cohesionado y emocionalmente eficaz.

La política cultural peronista promovió activamente formas de cultura consideradas accesibles, nacionales y populares, al tiempo que cuestionó expresiones culturales asociadas a las élites intelectuales tradicionales. Esta reorientación implicó una redefinición de la cultura y del lugar del intelectual, ahora interpelado no solo como productor simbólico, sino como actor social llamado a alinearse —o a confrontar— con un proyecto político de fuerte impronta estatal. La promoción de artistas afines, la regulación de los medios de comunicación y la utilización del aparato cultural del Estado como espacio de legitimación configuraron un escenario inédito para el debate sobre autonomía intelectual y propaganda.

Un ejemplo claro de esto fue la creación del Ateneo Cultural Eva Perón en 1950, impulsado directamente por Eva Perón como espacio que buscó atraer figuras del espectáculo y la cultura hacia la órbita peronista y reforzar la imagen del movimiento en el campo artístico. Las integrantes del Ateneo eran actrices y figuras públicas de la escena teatral y cinematográfica, y la entidad funcionó como un dispositivo cultural y político que difundía la adhesión al peronismo entre sectores populares de la cultura y vinculaba a los artistas con el proyecto estatal.

La política cultural peronista también se expresó en reformas burocráticas y administrativas: la creación de estructuras como la Subsecretaría de Cultura y diferentes direcciones dentro de la administración central permitió que el Estado coordinara más directamente festivales, exposiciones, publicaciones y programas educativos, ampliando su capacidad para conducir y supervisar iniciativas culturales. En estos años, el Estado pasó de un papel relativamente periférico a uno expansivo en la gestión cultural, con esfuerzos explícitos por atraer a intelectuales y artistas a colaborar con las políticas oficiales.

En este sentido, el peronismo desarrolló una concepción de la cultura que, sin replicar exactamente los modelos totalitarios europeos, compartía con ellos la centralidad otorgada a la dimensión simbólica y a la movilización de las emociones colectivas. La propaganda política operó como un dispositivo clave para articular identidad, lealtad y sentido de pertenencia, integrando recursos estéticos, narrativos y performativos en una estrategia de intervención cultural de amplio alcance.

La cultura, bajo esta lógica, fue concebida como un “espacio de la ciudadanía”: no era solo cuestión de obras o de intelectuales, sino de participación social en valores, identidades y representaciones colectivas. El peronismo propuso una definición de cultura que trascendía la instrucción académica o la refinación estética: para el movimiento, ser culto no dependía tanto de conocer nombres clásicos o dominar idiomas, sino de “contribuir a engrandecer a la comunidad” y nutrirse de tradiciones populares, música, poesía y prácticas colectivas que configuraran un “sello peculiar y argentino” del patrimonio cultural.

En *Filosofía Peronista* (1973), Perón condensó el núcleo del conflicto cultural entre el peronismo y el universo intelectual que encarna Sur.

“La oligarquía tiene una concepción clasista del hombre. Para ella el que no pertenecía a su clase era considerado un ser inferior. Este concepto del hombre se reflejó en todas las manifestaciones de su cultura, las que se caracterizaron por su orientación antipopular. (..) La oligarquía equiparó el concepto de cultura a “suma de conocimientos”. En el peronismo, humanismo en acción, para que esa suma de conocimientos sea cultura, debe estar orientada hacia la felicidad del pueblo.”

Es una crítica frontal a la tradición liberal ilustrada, que concibe la cultura como capital simbólico de clase. Para Sur, la cultura no debía justificarse por su utilidad social directa ni por su capacidad de producir felicidad colectiva, sino por su valor propio, su libertad y su autonomía crítica. Allí se sitúa el primer punto de fricción: lo que el peronismo denuncia como “elitista”, Sur lo reivindica como defensa de la inteligencia y el arte frente a toda instrumentalización.

El carácter elitista de *Sur* no debe leerse únicamente como una limitación, sino también como una condición de posibilidad de su intervención. Al dirigirse a una audiencia restringida pero influyente, la revista operaba en un circuito donde la formación de opinión no dependía de la masividad, sino de la capacidad de incidir en actores con poder simbólico.

La política cultural peronista, con su énfasis en la integración de las masas y la construcción de un imaginario compartido desde el Estado, puso de manifiesto a Sur un nuevo tipo de tensión, distinta de la propaganda franquista en Europa, pero igualmente problemática desde la perspectiva de quienes defendían la autonomía de la cultura frente a toda instrumentalización política.

Sur durante el peronismo: silencio, combate simbólico y compromiso personal

Durante los dos primeros gobiernos peronistas (1946–1955), Sur adoptó una estrategia que la crítica ha caracterizado de manera bastante consensuada como un silencio alusivo. A diferencia de la

oposición explícita que la revista había manifestado frente a los regímenes autoritarios europeos en la década de 1930, el peronismo no fue objeto de una crítica directa, sistemática ni frontal en sus páginas durante estos años. Sin embargo, este silencio no debe ser interpretado como neutralidad ni como aceptación pasiva del nuevo orden político, sino como una forma específica de intervención intelectual, acorde con la concepción de la cultura y del rol del intelectual que la revista había sostenido desde sus orígenes.

Lejos de constituir una retirada del debate, *Sur* continuó publicando textos, ensayos y traducciones que defendían principios como la autonomía del pensamiento, la libertad del espíritu y la resistencia a la instrumentalización política del arte, valores que, en el contexto argentino de la época, funcionaban como una crítica indirecta pero persistente a las políticas culturales del peronismo. La elección de autores, los temas abordados y el énfasis reiterado en la tradición liberal y humanista europea configuraron una oposición simbólica, que evitaba la confrontación explícita pero no renunciaba al conflicto ideológico.

Este modo de intervención respondía, en parte, a las condiciones políticas del período, caracterizadas por una creciente intervención estatal sobre los medios de comunicación y el campo cultural, así como por la posibilidad concreta de censura y sanción frente a las expresiones de disidencia explícita. En este contexto, el silencio alusivo adoptado por *Sur* no fue únicamente la expresión de una convicción intelectual, sino también una decisión estratégica, orientada a preservar la continuidad de la revista y a garantizar un margen de acción dentro de un espacio público cada vez más regulado.

Al mismo tiempo, esta estrategia se sostuvo sobre una convicción profunda del grupo *Sur*: la idea de que la cultura debía preservar un espacio propio, no subsumido a la lógica de la política de masas ni a los imperativos del Estado. En este sentido, la revista optó por combatir desde el plano simbólico, reafirmando sus valores a través de la práctica editorial antes que mediante la denuncia directa.

No obstante, el carácter indirecto de esta crítica no implica que haya sido moderado o complaciente. Por el contrario, puede sostenerse que *Sur* mantuvo una postura combativa, aunque codificada, en la que la defensa de la libertad intelectual funcionó como una forma de resistencia frente a un proyecto político que concebía la cultura como instrumento de integración y legitimación estatal. Esta tensión se hizo especialmente visible en la figura de Victoria Ocampo, cuya vida personal y trayectoria intelectual resultaron inseparables del destino de la revista.

Para Ocampo, la revista constituyó el gran proyecto de su vida, el espacio desde el cual articuló su concepción del humanismo liberal, su cosmopolitismo y su rechazo a toda forma de subordinación del pensamiento. Durante el peronismo, ese compromiso adquirió un carácter abiertamente político, aun cuando no siempre se tradujera en editoriales explícitos. Ocampo expresó su oposición al gobierno tanto en su correspondencia privada como en su red de vínculos intelectuales internacionales, consolidando una postura personal que reforzaba el posicionamiento implícito de la revista.

En una carta a Gabriela Mistral, es contundente: “Criticar la obra de la simpática pareja se considera como un crimen de lesa-patria y te meten preso.” (Carta, 1951 jun. 21, Buenos Aires, [Argentina] [a] Gabriela Mistral [manuscrito] / Victoria Ocampo. [2] h. ; 28 cm.) Aquí mismo, Victoria advirtió estar al tanto de que tanto su teléfono como su correspondencia se encontraba vigilada, dando a entender que incluso en el ámbito privado, se vio obligada a aplicar sobre si mismo una censura protectora.

Su intento por mantener su adversidad en un tono moderado no fue suficiente. En 1953, Victoria Ocampo fue detenida por orden del gobierno peronista y permaneció encarcelada durante un breve período. El episodio, lejos de ser un hecho aislado, puso de manifiesto el grado de confrontación existente entre el régimen y ciertos sectores del campo intelectual liberal. La prisión de Ocampo puso aún más en manifiesto aquella tensión que Sur había venido elaborando en el plano simbólico: la incompatibilidad entre una concepción de la cultura entendida como espacio autónomo y una política estatal que interpelaba a los intelectuales como actores alineados con un proyecto político definido.

Así, durante el peronismo, Sur no abandonó su vocación crítica, sino que la reformuló. Eligió el silencio elocuente, la crítica indirecta y la resistencia cultural como formas de intervención acordes con su tradición y con el contexto. Esta estrategia, sostenida con coherencia a lo largo del período, explica tanto la ausencia de una condena explícita en sus páginas como la firmeza de sus convicciones, que se manifestaron con mayor claridad tras la caída del régimen en 1955, cuando la revista pudo finalmente tematizar de manera abierta la experiencia peronista y sus efectos sobre la cultura y la vida intelectual argentina.

Con la caída del gobierno peronista y el inicio de la autodenominada Revolución Libertadora, la revista abandonó momentáneamente la estrategia de silencio para publicar una edición especial, dedicada a retratar la su percepción del peronismo como experiencia histórica y cultural.

En su edición N° 237, Sur asumió un tono inequívoco: el peronismo fue presentado como una experiencia que había dañado gravemente la vida intelectual, afectado la libertad de expresión y subordinado la cultura a una lógica de propaganda y adhesión política. Aquello que durante años había sido sugerido de manera indirecta pasó ahora a ser enunciado sin ambigüedades.

Una de las piezas más recordadas de esta edición corresponde al poema que escribe Silvina Ocampo, “Testimonio para Marta”.

“¡Durante cuanto tiempo nos persiguió el terror
con sus caras obscenas, el impune opresor!
¡Durante cuanto tiempo, la fiesta aniversario,
el disparate, el libro de enseñanza primaria,
(...) ¡Durante cuanto tiempo, la cárcel, la locura,
la desaparición de una persona pura!

(...) No queremos gobiernos, Marta, totalitarios,
no queremos volver a ser los adversarios

de personajes crasos, de anticuados tiranos, menos originales que los peores romanos.”

Desde esta perspectiva, la revista interpretó el período peronista como una interrupción del orden liberal y republicano, y se atribuyó un rol en la tarea de “reconstrucción” cultural e intelectual del país. La caída del régimen habilitó a Sur a reinscribirse públicamente como un espacio de referencia moral y cultural, capaz de diagnosticar los efectos del peronismo y de contribuir a restablecer los valores que la revista había defendido desde su fundación: la libertad del pensamiento, la autonomía del arte y la independencia del intelectual frente al poder político.

Sin embargo, esta lectura revela también sus límites. Al interpretar el peronismo exclusivamente como una experiencia de degradación cultural y de sometimiento de la inteligencia a la propaganda, la revista tendió a subestimar el impacto profundo y duradero que el movimiento tuvo sobre la idiosincrasia cultural argentina. En su afán por denunciar la instrumentalización política de la cultura, Sur no logró reconocer que el peronismo había puesto en circulación nuevos sujetos culturales, ampliando de manera irreversible el campo de producción simbólica.

Este punto ciego se vincula estrechamente con el sesgo elitista que estructuró históricamente el proyecto de Sur. Formada en una tradición cosmopolita, letrada y europea, la revista concibió la cultura como un espacio de excelencia intelectual, autonomía estética y circulación restringida, lo que le dificultó captar la dimensión emancipadora que, para amplios sectores populares, tuvo el acceso a la palabra pública, a los medios de comunicación y a formas de participación cultural promovidas —aunque también reguladas— por el peronismo. Allí donde Sur veía propaganda, homogeneización y barbarie, vastos sectores de la sociedad experimentaban, por primera vez, una inclusión simbólica en la escena cultural nacional.

Incluso en los momentos de mayor control estatal y de represión de las disidencias intelectuales, ningún gobierno a por venir logró anular ese proceso de despertar cultural de las masas. La radio, el cine, la música popular, los rituales políticos y las nuevas narrativas sobre el trabajo y la justicia social configuraron un universo simbólico que excedía ampliamente la lógica de la imposición ideológica y que transformó de manera duradera las prácticas culturales cotidianas. Ese movimiento, lejos de ser una anomalía pasajera, reconfiguró las relaciones entre cultura, política y sociedad en la Argentina.

En este sentido, la reacción de Sur tras 1955 puede leerse también como una respuesta defensiva frente a una transformación que desbordaba sus categorías de análisis. Al atribuirse el rol de garante de la “reconstrucción cultural”, la revista reafirmó su autoridad moral, pero lo hizo desde una concepción de cultura que ya no era hegemónica. La escena cultural argentina había cambiado: los sectores populares, interpelados y movilizados durante el peronismo, se habían convertido en actores insoslayables de la vida simbólica, tan constitutivos del campo cultural como los intelectuales que históricamente habían ocupado su centro.

Así, la ingenuidad de Sur no residió tanto en su defensa de la autonomía intelectual, sino en su incapacidad para reconocer que el peronismo había alterado de manera irreversible las condiciones mismas de producción y circulación de la cultura. La cultura ya no podía pensarse exclusivamente como patrimonio de una élite ilustrada ni como un espacio separado de la política de masas. Aun derrotado el régimen, el legado cultural del peronismo persistía, y con él la emergencia de nuevos sujetos, sensibilidades y lenguajes que desafiaban la idea de una restauración simple del orden liberal previo.

Este desajuste entre el diagnóstico de Sur y la realidad cultural argentina posterior a 1955 revela una tensión constitutiva de su proyecto: la defensa intransigente de la libertad intelectual convivió con una mirada restrictiva sobre quiénes podían ejercerla plenamente. En ese punto, la revista se mostró incapaz de integrar a su horizonte crítico la transformación cultural que el peronismo había puesto en marcha.

El final de Sur: desplazamientos, generaciones y nuevos enfoques culturales

El ocaso de Sur no puede comprenderse como una clausura repentina, sino como el resultado de un prolongado proceso de pérdida de relevancia cultural que se fue acentuando a partir de la segunda mitad de los años cincuenta. Paradójicamente, la caída del peronismo no significó para Sur una recuperación de su lugar central en el campo intelectual argentino. Por el contrario, el escenario cultural que emergió tras 1955 se reveló profundamente distinto al que la revista había imaginado.

En primer lugar, la Argentina de post-peronismo ya no era la de los años treinta o cuarenta. La ampliación del espacio público, la consolidación de nuevos públicos lectores y la emergencia de generaciones intelectuales formadas en un contexto atravesado por la política de masas, el existencialismo, el marxismo y las experiencias revolucionarias del Tercer Mundo modificaron sustancialmente las coordenadas del debate cultural. En ese nuevo mapa, Sur comenzó a aparecer como una revista anclada en una sensibilidad del pasado, asociada a una concepción de la cultura que privilegiaba la alta literatura, el modelo europeo y una noción de autonomía estética cada vez más cuestionada.

A ello se sumó un desplazamiento generacional decisivo. Los intelectuales jóvenes de los años sesenta ya no reconocían en Sur un espacio de interpelación. Su crítica apuntaba tanto al cosmopolitismo elitista de la revista como a su renuencia a pensar la política desde categorías más radicales. Frente a un clima intelectual marcado por la Revolución Cubana, la descolonización y la politización creciente de la cultura, la postura de Sur fue leída como insuficiente, ambigua o directamente conservadora.

En este contexto, la figura de Victoria Ocampo —que durante décadas había sido el motor, la voz y el sostén material de la revista— comenzó a encarnar, para muchos, una forma de autoridad cultural en retirada. Su prestigio internacional y su coherencia ética ya no alcanzaban para garantizar la centralidad de un proyecto editorial que dependía, en gran medida, de su impulso personal. La

progresiva identificación entre Sur y la figura de Ocampo, que había sido una fortaleza en los años de formación y resistencia, se convirtió también en un límite: la revista no logró institucionalizarse más allá de su fundadora ni renovarse plenamente sin ella.

Asimismo, el propio campo cultural argentino se había diversificado. Nuevos medios, formatos y figuras disputaban el lugar de legitimación simbólica que Sur había ocupado durante décadas. En ese entramado más complejo y fragmentado, la revista perdió su función como instancia privilegiada de consagración intelectual, y su voz comenzó a percibirse como una entre muchas, ya no como la referencia ineludible.

El final de Sur, que se concreta en 1970, puede leerse entonces menos como un fracaso que como el cierre de un ciclo histórico. La revista había sido plenamente significativa en un momento específico de la cultura argentina: aquel en el que la disputa por la autonomía del arte, la circulación internacional de ideas y la definición de una identidad cultural nacional se dirimían en el ámbito de una élite letrada. Cuando ese mundo se transformó de manera irreversible, Sur no pudo reconfigurar su lugar sin traicionar los principios que habían dado sentido a su existencia.

En este sentido, su desaparición resulta coherente con su propia trayectoria. Fiel a sus valores, Sur prefirió extinguirse antes que adaptarse a un campo cultural que ya no compartía sus principios fundamentales. Su legado, sin embargo, persiste: no como modelo vigente, sino como archivo crítico de una tradición intelectual que marcó profundamente la historia cultural argentina y que permite comprender, por contraste, las transformaciones que redefinieron el vínculo entre cultura, política y sociedad a lo largo del siglo XX.

Conclusiones finales

El recorrido propuesto a lo largo de este trabajo permitió abordar a la revista Sur no solo como una publicación literaria o cultural, sino como una institución que gestionó de manera activa y sostenida su reputación, sus vínculos con públicos estratégicos y su intervención en el debate público intelectual. Leerla desde el marco de las relaciones públicas no implicó reducir su proyecto cultural a una lógica instrumental, sino reconocer que la coherencia entre sus valores declarados y sus prácticas concretas fue, precisamente, su principal activo institucional.

El análisis mostró que Sur operó con una notable consistencia entre misión, visión y valores a lo largo de sus primeras décadas. Su misión de actuar como mediadora cultural entre el pensamiento europeo y el espacio intelectual latinoamericano, su visión de convertirse en la publicación de referencia del campo cultural hispanohablante y sus valores de autonomía, cosmopolitismo, intelectualismo y tutela cultural no fueron simplemente proclamas editoriales, sino criterios efectivos que orientaron cada decisión relevante. Como señalaba Bernays, una institución solo puede proyectar credibilidad hacia afuera si existe, primero, una identidad estable hacia adentro, y Sur encarnó ese principio durante sus años de mayor influencia.

La gestión de sus cuatro públicos principales, colaboradores, lectores, campo intelectual local y redes culturales internacionales, respondió a una lógica de retroalimentación acumulativa que el marco de Wilcox permite iluminar con precisión. Cada vínculo bilateral reforzaba los demás: los colaboradores de prestigio atraían lectores exigentes, los lectores exigentes legitimaban la disputa con el campo local y el reconocimiento internacional reforzaba la capacidad de consagrar colaboradores. Esta arquitectura de relaciones interconectadas explica tanto el período de mayor influencia de la revista como las condiciones de su declive.

El análisis de agenda setting en red evidenció que Sur no intervino en el debate público a través de mensajes fragmentarios ni coyunturales, sino mediante una constelación estable de asociaciones simbólicas entre liberalismo, antifascismo, europeísmo, defensa de la alta cultura y crítica a la masificación. Esta red de significados, construida progresivamente desde su posicionamiento ante el franquismo y la Segunda Guerra Mundial, se volvió la matriz interpretativa desde la cual la revista leyó todos los conflictos posteriores, incluido el peronismo. En términos de Bernays, Sur no introdujo ideas ajenas a su cultura, sino que intervino sistemáticamente en la reconfiguración de las asociaciones que ya circulaban en ella.

Sin embargo, ese mismo modelo de gestión institucional reveló sus límites frente a la transformación profunda que el peronismo produjo en el campo cultural argentino. Al interpretar al movimiento exclusivamente como una amenaza a la autonomía intelectual y como una expresión de propaganda política, Sur no logró reconocer que el peronismo había puesto en circulación nuevos sujetos culturales y había ampliado de manera irreversible el espacio de producción simbólica. Desde la perspectiva de las relaciones públicas, este punto ciego puede leerse como un error de lectura de los

públicos emergentes, ya que la revista no actualizó su mapa de stakeholders y perdió progresivamente su capacidad de interpelar a las nuevas generaciones intelectuales.

El ocaso de Sur no fue entonces simplemente el resultado de cambios en el mercado editorial o del envejecimiento de su fundadora. Fue, en términos institucionales, la consecuencia de una erosión gradual de la coherencia entre su identidad y el entorno en el que operaba. Cuando ese entorno se transformó de manera irreversible, Sur no pudo reconfigurar su lugar sin traicionar los principios que habían dado sentido a su existencia. Fiel a sus valores, prefirió extinguirse antes que adaptarse.

Su legado persiste, sin embargo, como archivo crítico de una forma de gestión institucional que fue extraordinariamente eficaz en su tiempo. La trayectoria de Sur demuestra que la construcción de autoridad simbólica no depende del alcance masivo, sino de la coherencia sostenida entre identidad, públicos y contexto. En ese sentido, su historia ofrece una lección que excede el campo cultural, ya que las instituciones que más perduran no son necesariamente las más flexibles, sino las que logran mantener durante el mayor tiempo posible la confianza de los públicos que les dan sentido.

Referencias Bibliográficas

- Aruguete, N. (2015). *El poder de la agenda: Política, medios y público*. Biblos.
- Becerra, M. (2010). Las noticias van al mercado: Etapas de intermediación de lo público en la historia de los medios de la Argentina. En *Intérpretes e interpretaciones de la Argentina en el bicentenario* (Vol. 1, pp. 139–165).
- Becerra, M. (2014). *Medios de comunicación: América Latina a contramano*. Prometeo.
- Bernays, E. L. (1923). *Crystallizing public opinion*. Boni and Liveright.
- Bordelois, I. (2023). *Victoria: Paredón y después*. Libros del Zorzal.
- Crespi, I. (1997). *The public opinion process: How the people speak*. Lawrence Erlbaum.
- Cosse, I. (2008). La lucha por los derechos femeninos: Victoria Ocampo y la Unión Argentina de Mujeres (1936). *Humanitas*, 26(34), 131–149.
- Enríquez, M. (2018). *La hermana menor: Un retrato de Silvina Ocampo*. Anagrama.
- Fuentes-Navarro, R. (1991). La investigación latinoamericana sobre medios masivos e industrias culturales y la comunicación. (*Faltan datos editoriales — ver abajo*)
- Gamarnik, C. (2018). La fotografía en la revista *Caras y Caretas* en Argentina (1898–1939): Innovaciones técnicas, profesionalización e imágenes de actualidad. *Estudios Ibero-Americanos*, 44, 120–138. <https://bicyt.conicet.gov.ar/fichas/produccion/8695087>
- González, M. S. (2018). *Victoria Ocampo: Escritura, poder y representaciones*. Prohistoria.
- Grunig, J. E., & Hunt, T. (1984). *Managing public relations*. Holt, Rinehart and Winston.
- Larraín, J. (1994). La identidad latinoamericana: Teoría e historia. *Estudios Públicos*, (55).
- Martínez, M. T. F. (2000). Medios de comunicación y acontecimientos del siglo XX. *Comunicar*, (15), 229–230.
- Ocampo, V. (1931). Carta a Waldo Frank. *Sur*, (1), 7–18.
- Ortega, J. (1981). Victoria Ocampo y *Sur*. *Lexis*, 5(1), 187–192.
- Pasquaré, A. (2012). Giusti y la revista *Nosotros* (1912–1930): Crítica, política e intervenciones literarias en la formación del campo cultural argentino. *Revista Eletrônica da ANPHLAC*. (*Falta volumen/número*)
- Pazos, J. G. (2019). *Medios de comunicación: ¿Al servicio de quién?* Icaria.

Podlubne, J. (2011). *Escritores de Sur: Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*. Beatriz Viterbo.

Sarlo, B. (1992). Intelectuales y revistas: Razones de una práctica. *América: Cahiers du CRICCAL*, 9(1), 9–16.

Sitman, R. (2003). *Victoria Ocampo y Sur entre Europa y América*. (Falta editorial — completar)

Sitman, R. (s.f.). Trazos y ecos de una relación transatlántica: Victoria Ocampo, *Sur* y las letras francesas. (Faltan datos completos)

Ternicier, C. (2014). El boom latinoamericano y la movilidad de los polisistemas: Una discusión a la propuesta de Pascale Casanova. *Mitologías Hoy*, (9), 184–200.

Wasserman, F. (2018). La ley y el orden: La libertad de imprenta en Buenos Aires durante la década de 1850. *Quinto Sol*, 22(3), 1–22.

Wilcox, D. L., Cameron, G. T., & Reber, B. H. (2015). *Public relations: Strategies and tactics* (11th ed.). Pearson.

Xifra, J. (2003). *Teoría y estructura de las relaciones públicas*. McGraw-Hill.